

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO DE MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MEDICAS.



MODO DE PUBLICACION Y OFICINAS DEL PERIÓDICO

Se publica el siglo médico todos los domingos, formando cada año un tomo de más de 830 páginas y doble número de columnas con la portada índice correspondientes.

El precio de la suscripción es 12 reales el trimestre en Madrid, 15 en las provincias, 80 al año en el extranjero y Ultramar y 100 en Filipinas. Puede la suscripción hacerse en la redacción, calle de la Concepción Gerónima, núm. 14, principal; en casa de los comisionados de las provincias, y preferentemente por medio de libranza.

RESUMEN.

SECCION DE MADRID.—REVISTA DE PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA.—Uso del aceite de hígado de bacalao saponificado por la cal.—La puncion abdominal en la timpanitis.—Inflamacion del ciego con retencion de excrementos.—SECCION PROFESIONAL.—Apatia criminal de la clase médica.—EPIDEMOLOGIA.—Historia de la fiebre amarilla, padecida últimamente en Alicante.—PRENSA MEDICA EXTRANJERA.—Sobre el diagnóstico topográfico de las lesiones del corazón; por el Sr. PETER.—Accion del alcohol en la excrecion urinaria; por el Dr. RABUTEAU.—MONTE-PIOFA-CULTATIVO.—Secretaria general.—VARIEDADES.—Dos palabras tocante á elecciones.—Pavoroso resultado estadístico.—Una ley variada de real orden.—La lealtad de los médicos.—Las indicaciones barométricas.—CRONICA.—*Estafeta de los partidos*.—VACANTES.—ANUNCIOS.—FOLLETIN.

MADRID 5 DE MARZO DE 1871.

REVISTA DE PATOLOGÍA Y TERAPEUTICA.

Uso del aceite de hígado de bacalao saponificado por la cal.—La puncion abdominal en la timpanitis.—Inflamacion del ciego con retencion de excrementos.

Entre las sustancias recomendadas para detener el curso de la tisis pulmonal, el aceite de hígado de bacalao es, segun dijo Walshe, y como nosotros mismos hemos comprobado muchas veces, «el que produce una mejoría más real y más pronta que cualquier otro medicamento.» Pero si todos los prácticos se hallan de acuerdo sobre la utilidad de semejante medio, no así respecto de la facilidad de su administracion, la cual suscita á menudo lamentables é invencibles repugnancias.

Para vencer este solo obstáculo, puede servir las más veces la forma de cápsulas, que estando bien hechas, se toman sin repugnancia por los enfermos más, escrupulosos; pero tienen el inconveniente de ser á veces difíciles de digerir, causando eructos desagradables que incomodan á los pacientes. Además el aceite, sea cualquiera la forma bajo la cual se le administre, no siempre se deja asimilar sin causar en las vias digestivas trastornos que obligan

á renunciar á su uso. Era, pues, importante idear un medio de evitar tales inconvenientes.

Con este propósito usa y recomienda el Sr. Vander-Corput, de Bruselas, la adicion de la cal, añadiendo, á mayor abundamiento, que esta sustancia no solo obra como correctivo, sino como ayudante enérgico de las propiedades del aceite.

Una de las fórmulas que usa este práctico en sus salas de hospital, asegurando obtener de ella excelentes resultados, es la siguiente:

Aceite de hígado de bacalao.....	250 gramos.
Cloruro de calcio.....	4 —
Esencia de almendras amargas ó de anís.....	2 —

Mézclese. Para tomar cada dia dos á tres cucharadas de las de sopa, inmediatamente despues de las comidas, agitando bien la mezcla cada vez que se le va á tomar.

Pero la forma que más recomienda el Sr. Vander-Corput, como de ingestion más cómoda, de asimilacion más fácil y de mejores efectos curativos es la de *jabon jecoro-calcáreo*, preparado en forma de bolos, que constan de:

Aceite de hígado de bacalao puro.....	100 gramos.
Cal hidratada.....	C. S.
Aceite de almendras amargas ó de anís.....	1 gramo.

Para hacer S. A. un jabon de consistencia pilular, que se divide en bolos de 25 á 30 centigramos, cubriéndolo s con polvos de raíz de lirio una parte, y azúcar tres partes, ó barnizándolos con tintura etérea de bálsamo de Tolú.

Se toman 6 ó 10 bolos al dia, distribuyéndolos de dos en dos inmediatamente *despues* de las comidas.

«He dedicado, dice el autor, muchos años en comprobar en centenares de enfermos la favorable accion de este medicamento, comparada con la del aceite solo y de los demás medios terapéuticos, y he esperado á que confirmaran sus beneficios distinguidos comprofesores á quienes habia participado mis ideas, antes de entregar á la publicidad este nuevo modo de tratamiento de la tisis.

Sin querer asignarle en manera alguna un caracter específico, y menos considerarle como infalible, me creo autorizado á afirmar que mi método, sostenido por un régimen y por condiciones higiénicas convenientes, se funda á la par en datos teóricos racionales y en suficiente número de hechos para poder asentar conclusiones positivas.»

Prolijo sería transcribir las luminosas consideraciones teóricas en que se apoya el Sr. Van-der-Corput, además de la sanción práctica que no se ha olvidado de reclamar. Basta citar los siguientes párrafos, que en cierto modo las resumen todas.

El jabón jecoro-calcáreo satisface la mayor parte de las indicaciones que resultan de la tabescencia. Al propio tiempo que constituye, mejor que el aceite solo, un alimento de reserva para el organismo, al que suministra elementos combustibles, la nueva preparación por mí propuesta favorece la regeneración plástica por sus elementos fosforados ó glucogenados, y provoca, por la cal que contiene, la cicatrización ó la regresión calcárea de las lesiones tuberculosas.

En otras palabras, reparando los trastornos de la nutrición fisiológica desviada, el jabón jecoro-calcáreo parece que contiene ó retrasa el desarrollo del proceso patológico que conduce á la destrucción del organismo.»

Sea como quiera, teórica y prácticamente, la fórmula de que hablamos no deja de ser recomendable en una enfermedad tan común y tan frecuentemente desastrosa como la tisis pulmonal: es por lo tanto un nuevo y precioso recurso de que podrá echarse mano en gran número de circunstancias con probable utilidad.

Solamente hallamos que la proporción de aceite administrado de este modo es demasiado escasa: el jabón jecoro-calcáreo es más bien un compuesto cálcico que oleoso, y se le puede hacer la misma objeción que dirige el autor al jarabe de Vanier,

FOLLETIN.

!SEOANE!

RESÚMEN BIOGRÁFICO. — (1)

XII.

La Junta Suprema de Sanidad, reorganizada según hemos dicho en 1838, dió la acogida que merecía al proyecto de ley de Sanidad formado por el Sr. Seoane; proyecto reducido á una veintena de bases, que consentían y aun facilitaban al Gobierno una completa reorganización del ramo, así en lo que concierne á la salud general y del interior, como en lo relativo á la sanidad marítima.

Desde que en España tenemos sistema representativo y se ha pensado en el ordenamiento del importantísimo asunto de la sanidad, han reinado entre los inteligentes dos opiniones que parecen opuestas, aunque sean en realidad de todo punto conformes: la de formar un reglamento ó código completo por las Cortes, y la de reducirse á la aprobación de un corto número de bases, que sirvan de cimiento y arranque á todo el edificio sanitario. Y con repetición se ha advertido, que hombres muy competentes y de firmísimos principios é invariables deseos, han

(1) Véase el núm. 885, pág. 754 del tomo anterior.

y á los diferentes sucedáneos que se han aconsejado para suplir al aceite de hígado de bacalao. Ocho ó diez gotas de esta sustancia, que calculamos vendrán á tomar diariamente los enfermos, es una dosis insuficiente para esperar de ella los resultados que se atribuyen al medicamento usado en mayor cantidad.

Esto en cuanto á las esperanzas concebidas *a priori*: ahora, si la experiencia interviene con su voto favorable, nada tendremos que replicar; pero entretanto conviene que queden en su punto las razones alegadas en pró de la nueva medicación.

—La retención de gases en los intestinos ocasiona á veces cólicos violentos, dificulta la respiración y la circulación, y puede tener las más perniciosas consecuencias. Para remediar accidentes tan desagradables, se emplean las lavativas emolientes, purgantes, los tópicos calmantes, y aun las inyecciones hipodérmicas. Pero estos y otros medios pueden ser por mucho tiempo inútiles, aumentándose entre tanto la gravedad de la situación. Así sucedió en un caso referido por el médico inglés Dr. Clifford Allbutt, en el cual se decidió por fin la punción de los intestinos por el abdomen, practicándose esta operación con un trocar explorador, introducido primero en el colon transversal y luego en el descendente. Se escapó el aire por la cánula con un ruido sibilante, y se deprimieron lentamente las paredes abdominales: el gas expulsado tenía un olor infecto. Acto continuo el enfermo, que sentía agudísimos dolores y apenas podía respirar, quedó enteramente tranquilo y cayó en un sueño profundo.

recurrir al segundo de estos métodos cuando tropezaban con dificultades para realizar el primero; como han vuelto á este los secuaces del último, luego que han reputado posible formar una ley amplia que dé á la obra consistencia y evite la caprichosa arbitrariedad ministerial, que son tan propensos los gobernantes en nuestro país. No se extrañe, por tanto, que el Sr. Seoane haya tentado, como otros, de realizar las siempre ilustradas, patrióticas y honradas aspiraciones de su vida entera, por aquel camino y de aquella suerte que mayores probabilidades de éxito le ofrecían.

Tenemos á la vista, así el informe de la Suprema, elevado al Gobierno en 19 de Noviembre de 1838, como el proyecto de ley y presentado por el Sr. Carramolino al Senado en 19 de Setiembre del año siguiente. Lo propio aquel informe, que la exposición que precede al proyecto de ley, fueron dictados por el espíritu fecundo, y escritos por la sentada pluma, de nuestro inolvidable amigo.

¿Será quizás desagradable para nuestros lectores que traslademos á nuestras columnas el informe dictado por la superior inteligencia de Seoane, y acogido al cabo por la Suprema, aun cuando entrañaba, sino su muerte, una reforma tan radical que de cierto equivaldría al suicidio?

Creemos al contrario que conviene, por varias razones, copiar aquí este documento. Él dará á conocer cuáles eran hace 32 años las tendencias de la época relativamente

Por desgracia tenía este sugeto una neumonía doble, que le llevó al sepulcro, y que se comprobó en la autopsia. Pero no se encontró en el cadáver signo alguno de peritonitis ni de presencia de aire en la cavidad peritoneal. No se advertía huella de la puncion en lo interior del intestino.

Resulta que la operacion practicada en el presente caso es sencilla y muy poco dolorosa, que no ofrece peligro alguno y procura inmediatamente un grande alivio, no solo dejando escapar los gases que se encuentran en el intestino, sino permitiendo á este contraerse y espulsar las materias fecales que le obstruyen. Puede, pues, todo práctico encontrarse en el caso de deber recurrir á la operacion de la puncion abdominal, y sino tiene á mano un trócar fino, serviria para este fin la aguja de la geringuilla de inyecciones subcutáneas.

—El Dr. Giné inserta en la *Independencia médica* la historia de un caso que, tiene poco de nuevo, y sin embargo, y tal vez por lo mismo, conviene tener presente. Trátase de una señora, que á consecuencia de varias causas más ó menos conocidas, padecía una debilidad en la membrana muscular de los intestinos, que ocasionaba á menudo detencion en el curso de las materias, cólicos, é inflamacion. En los ataques usó el Sr. Giné aplicacion de sanguijuelas al ano, y luego purgantes, y aun una especie de taxis, en cuya virtud se deshizo el tumor estercoral desapareciendo todos los accidentes.

El precepto de mantener libre el vientre y de sostener la energíá de la membrana muscular de los intestinos, es, en las personas de cierta edad y

á la organizacion de la Sanidad, y tambien las necesidades del servicio, no muy diferentes de las que hoy dia se experimentan. Por otra parte revelará la madurez de juicio que distinguia al Sr. Seoane, y lo que valia, como hombre de administracion. Dará á conocer además su estilo, correcto, claro, castizo á par que sencillo, sin que jamás se advirtiera en él pobreza ni abajamiento. Finalmente, debe pesar algo en nuestro ánimo la consideracion de que si ahora—en esta situacion vertiginosa de nuestra vida social, política y hasta científica,—merecen tales documentos estimacion muy corta, deberá llegar un dia en que cobre el ánimo la calma y el reposo que se requieren para detenerse á buscar en lo que ha pasado útil enseñanza para el porvenir; en cuyo caso, la coleccion de un periódico como EL SIGLO MÉDICO será agradablemente examinada por los que deseen conocer el período histórico que su publicacion comprende. Si no son muchos los aficionados á este linaje de estudios médico-administrativos, algunos hay no obstante, y conviene que un periódico acuda á satisfacer todos los apetitos dignos de respeto.

Hé aquí, pues, el informe íntegro de la Junta Suprema de Sanidad de 19 de Noviembre de 1838, seguido del proyecto de ley orgánica presentado al Senado el 19 de Noviembre de 1839, por el Excmo. Sr. D. Juan Martin Carramolino.

circunstancias, una indicacion vital, que agregada á alguna evacuacion local en caso necesario, permite un éxito favorable en las crisis provocadas por algunas disposiciones morbosas del organismo. La observacion del Sr. Giné nos parece importante, sobre todo por la comprobacion que suministra á esta doctrina.

DR. RESANO.

SECCION PROFESIONAL.

Apatía criminal de la clase médica.

En aquellos momentos en que el ejercicio de la profesion nos deja algun claro para reflexionar sobre nuestra situacion presente y la que se divisa en lontananza, nos hemos preguntado: ¿en qué consiste ese quietismo que se observa en nuestra clase? Y la verdad es, que por más vueltas que hemos dado á nuestro pobre cerebro, no ha podido alcanzar razon satisfactoria que nos explique ese sepulcral silencio que se advierte hace dos años entre los hijos de Esculapio.

Nos decíamos unas veces, ¿es que son tan alhagüañas las circunstancias que nos rodean y los tiempos que corren, que no hay el más leve motivo de quejas? ¿Seremos tan descontentadizos, que solo nosotros encontremos motivos de disgusto, y nuestros compañeros vivan altamente satisfechos de la situacion que atraviesan, y vayamos á perturbar su tranquilidad y bien andanza con nuestra imprudente voz?

Pero al momento venian á nuestra memoria las noticias que teníamos de compañeros que no se les habian satisfecho en mucho tiempo sus mezquinas retribuciones; los mil y un atropellos de autoridades al exigir nuestros servicios; las ingratitudes con que recompensa la

Informe de la Junta Suprema de Sanidad, redactado por el Sr. D. Mateo Seoane, y elevado al Gobierno el 19 de Noviembre de 1838.

Excmo. Sr.—La Junta Suprema de Sanidad tiene la honra de elevar á manos de V. E. el proyecto de ley orgánica sanitaria que se la ha encargado formar por varias reales órdenes.—La Junta habria hace tiempo concluido este trabajo, sino hubiese visto que en la primera real orden que recibió encargándole su formacion se la mandaba expresamente comprender en el proyecto de ley sanitaria todo lo que fuese útil de las varias Ordenanzas propuestas en diferentes épocas, lo que equivalia á mandarle formar una nueva Ordenanza ó código que comprendiese toda la parte reglamentaria.

El desempeño de este trabajo en que principió á ocuparse la Junta inmediatamente, presentó desde luego las mayores dificultades, no tanto porque sea ahora menos fácil que lo ha sido hasta aquí arreglar lo relativo á leyes sanitarias, á causa de la discordancia que reina acerca de la exactitud de muchos de los principios en que hasta la época actual se han fundado estas leyes, como porque no teniendo la Junta bases fijas ya aprobadas en que poder fundar el sistema sanitario, se hallaba siempre en la incertidumbre de si las que ella adoptase merecerian la aprobacion de los Cuerpos colegisladores y del Gobierno, exponiéndose á que su proyecto tuviese la misma triste suerte que ha cabido á cuantos se han hecho en este siglo en España, por esta razon ha visto con el mayor gusto que posteriormente se la ha mandado presentar solo estas bases, lo cual se apresura a hacer, persuadida que, caminando de esta manera podremos al fin arreglar el servicio sanitario que por haberse seguido esta

sociedad en general los continuos afanes y sacrificios que por ella hacemos.

Y con estas y otras reflexiones veníamos á parar en queno podia reconocer como causa aquella mudez, que nuestra clase se encontrase perfectamente avenida con la suerte que le corre. Entonces descendíamos á otro género de ideas. ¿Es que el torrente revolucionario nos tiene retraidos ó acobardados, y no tenemos el valor suficiente para volver por nuestra causa, temerosos tal vez de salir perdiendo en la contienda? Pero ¿acaso tenemos algo que perder? ¿Nos dispensa el Gobierno alguna proteccion? ¿Ha hecho otra cosa que perjudicarnos en todo aquello que se relaciona con nuestra clase?

Y en cuanto á la sociedad, ¿qué podemos esperar? desengaños, abundante acíbar que frecuentemente nos brinda su emponzoñada copa!

Y si el Gobierno no tiene más remedio que apelar á nuestros conocimientos, y la sociedad nos necesita, ¿porque nos hacemos de tan poco respeto para esta, y de tan poco valer para aquel? En una palabra, ¿por qué tanto silencio?

Despues de estas consideraciones, no le podemos atribuir á otra causa, sino á haberse apoderado de nosotros un marasmo, una apatía altamente criminal.

Si motivos teníamos para pensar así hasta ahora, hoy ha venido á confirmar más esta idea la manera cómo se nos veja y atropella en nuestros derechos profesionales en la reciente ley de Registro civil; y ver que ni una voz se ha levantado en contra de disposiciones en extremo arbitrarias, en todo aquello que hace relacion con el ejercicio de nuestra profesion. Dió la voz de alerta en 26 de Junio próximo pasado uno de los ilustrados y dignos directores de EL SIGLO MÉDICO, hizo ver el modo cómo se nos trata, y las consecuencias que habíamos de sufrir con las flamantes disposiciones de la indicada ley.

Tres periódicos de la profesion llegan á nuestras manos: ni en uno siquiera hemos leído una advertencia de nuestros compañeros de partido, de tantas voces autori-

senda continúa en el mismo desarreglo que se ha intentado aunque en vano remediar tantas veces durante los últimos cuarenta años. La Junta Suprema se ha limitado de consiguiente en el trabajo que presenta á fijar los puntos generales del servicio sanitario en todas sus partes, de modo que aprobados estos no sea necesario para formar el reglamento ó reglamentos de Sanidad más que desarrollarlos, señalando el modo cómo deben ponerse en ejecucion á fin de que pueda administrarse con la necesaria actividad y con el mejor orden y acierto un ramo de tanta importancia y trascendencia.

Para conseguir este objeto, la Junta ha principiado por fijar cuál es el de la sanidad, ó en otros términos qué es lo que comprende, ó por mejor decir, debe comprender esta palabra considerada administrativamente, base que es tanto más preciso fijar cuanto hasta ahora en la práctica no se podia deslindar lo que pertenecía á este ramo, aun cuando en algunos de los proyectos de Código sanitario escritos en España durante este siglo se habia hecho ver la absoluta necesidad de ejecutarlo, presentando al propio tiempo los medios de hacerlo.

Si ha de haber orden y centralizacion en la Sanidad, que es precisamente la parte de los deberes del Gobierno que necesita más ambas cosas, es indispensable comprender en ella cuanto tiene relacion directa con los medios de conservar la salud pública; y se dice relacion directa, porque á no añadirse esta palabra comprenderia la Sanidad casi todos los ramos de la administracion, pues pocos hay que no tengan relacion indirecta con la salud pública.

Fijado el objeto de la Sanidad, era preciso dividir los medios que se emplean para conservar la salud pública, division que es de la mayor importancia, porque hay unos que forman parte de las leyes comunes con que se rigen

zadas, ni una protexa de nadie; á más de uno habia proporcionado ya algun disgusto la ejecucion de cuanto hace relacion con nosotros el Registro civil, y sin embargo, lo sufren y se callan; pues en vista de este proceder, el más incompetente de todos se propone advertiros hoy, lo injusto, lo tiránico que han estado el Gobierno y las Cortes al aprobar en la referida ley las disposiciones que conciernen á los médicos.

Sin más rodeos, entremos en la parte crítica. Como á todos os suponemos al corriente de la parte dispositiva de esta ley, nos bastará citar los artículos cuya parte vulnerable hemos de poner de relieve.

El título segundo se ocupa de los nacimientos: en el art. 46, ya sabeis que impone la obligacion al funcionario del registro, de trasladarse al punto donde resida el recién nacido, en caso de no ser posible su presentacion, por temerse por su existencia. Todo esto está muy bien y es muy humanitario. Pero á continuacion viene el Reglamento, y en el cap. 4.º, art. 33, dice: «Para que se conceptúe obligado el encargado del Registro á trasladarse al punto donde se halle el niño, ha de preceder certificacion del facultativo competente, siempre que dicho funcionario lo exija.»

Vean mis apreciables comprofesores por dónde nos encontramos sometidos al antojo de una nueva autoridad cuales son los secretarios de los juzgados municipales (pues en la mayor parte de los pueblos no se hará otra cosa que lo que dispongan estos señores, porque la alta ilustracion de no pocos jueces, no pasará del tacon de sus zapatos), y por otro lado entregados á la mala fé y capricho de los padres, que encontrando un medio de eludir la ley se han de resistir á llevar al chico á inscribirlo. Teniendo el funcionario del Registro en su mano que otro cargue con el engaño, exigirá (porque está á su arbitrio) al facultativo, que monte en la mula ó borrieca (alquilándola, se entiende,) y se traslade á la casa de campo ó cortijo, que dista del pueblo dos ó tres leguas, á reconocer al niño para si está ó no en disposicion de ser presentado en la oficina del Registro. Hace su viaje, con vien-

los pueblos que están arreglados á ellas y que no alteran en nada la marcha habitual de los negocios públicos, mientras que existen otros que nunca pueden ponerse en ejecucion sin alterar las relaciones sociales, sin poner á los pueblos en un estado excepcional y violento y sin hacer nuevas mientras existen las leyes comunes sobreponiéndose á ellas.

Tanto por esta razon, como por la de que los casos en que deben adoptarse medidas extraordinarias de Sanidad es uno de los puntos que es preciso fijar con la más escrupulosa exactitud en los reglamentos, la Suprema Junta ha creído que era absolutamente necesario hacer formar parte de las bases orgánicas la descripcion de ambas clases de medidas, á fin de que no haya la menor duda al redactar aquellos acerca de tan importante punto.

Siguiendo el mismo plan de division de las medidas sanitarias en ordinarias y extraordinarias, la Junta ha señalado las partes de que debe constar el reglamento general de Sanidad, señalando en primer lugar la organizacion del ramo, en segundo lo relativo á los medios ordinarios en el interior, en tercero lo respectivo al servicio sanitario marítimo, y en cuarto lo relativo al servicio interior, cuando sea preciso emplear medidas extraordinarias.

La Junta ha separado lo que pertenece al servicio de tierra del marítimo ó sea de las costas, porque difieren enteramente entre sí, y al mismo tiempo que en su dictámen la parte reglamentaria concerniente al servicio marítimo debe formar un cuerpo, tratándose á un tiempo mismo de lo relativo á medidas ordinarias y extraordinarias, cree tambien que debe hacerse lo contrario respecto al servicio de tierra ó del interior del Reino. El paso en el servicio marítimo del estado ordinario al extraordinario puede considerarse solamente como un aumento de precauciones. mientras que este paso en el servicio del interior cambia del modo más com-

tos, lluvias, ó media vara de nieve, ó un calor que se funde su mollera, y se encuentra con que el niño dá muchas señales de ser un Hércules; pero que los padres le dicen, «ayer tenía una tos que creímos todos que se nos quedaba entre las manos, así es que no nos hemos atrevido á llevarle para que lo escriba (palabra textual) el Sr. Juez en esos libros que ahora se estilan.»

El médico se encuentra chasqueado, pero con su viaje hecho, tiene que reprimir su cólera, si no quiere exponerse á mayores disgustos, y al ver que el médico no se ofende (al parecer) entran en el terreno de la súplica, ó de la exigencia, de que certifique que el niño no se puede presentar en el registro para su inscripción dentro del término prefijado por la ley, porque á los padres no les acomoda abandonar sus tareas hasta el domingo próximo ó hasta que terminen la faena de que se ocupan.

El facultativo no quiere faltar á su deber, y se niega á dar tal certificación. ¡Ya está fresco! Es muy posible que haya firmado la sentencia de que lo apedreen, ú otra cosa un poco más seria.

Y no se nos diga: ¿por qué ha de haber esa resistencia á su inscripción, cuando tienen que traerle al pueblo á bautizar?

En primer lugar, como la Iglesia es más tolerante y recibe en su seno á todas horas y en cualquier tiempo, á todo aquel que llama á sus puertas, sin haber fijado un plazo tan corto y tiránico como establece el art. 45 del Registro, pues que han de ser presentados á este dentro del término preciso de tres días, y de no ser así no se admitirá su inscripción, según previene el artículo 32 del indicado reglamento, es seguro que apelarán al medio indicado, haciendo mal uso de la parte que les favorece el art. 33, con objeto de burlar la tiranía de la parte dispositiva del citado art. 45. Y en otro sentido, como el carácter español con lo que menos se aviene es con esas trabas y reglamentaciones, basta que este procedimiento se imponga de una manera obligatoria para que se trate, por todos cuan-

pleto hasta las relaciones sociales más comunes, por lo cual no solo tienen en este caso muy poca relación las medidas sanitarias extraordinarias con las ordinarias, sino que son también opuestas al menos en sus efectos, aun cuando la influencia de las últimas sea entonces más útil que en ninguna otra época.

Fundada la Junta Suprema en estas razones, al mismo tiempo que cree útil considerar en conjunto el servicio sanitario marítimo, cree también oportuno que se considere separadamente el terrestre, según sean ordinarios ó no los medios que haya precisión de emplear. Parecerá á primera vista inútil mandar en la ley orgánica que se fijen con toda exactitud las atribuciones y facultades de las autoridades sanitarias, sus relaciones con las demás autoridades y la parte que deberán estas tener en el desempeño de tan importantísimo servicio, mas los deplorables resultados del desorden que ha producido el no haberse hecho hasta el día, exigen imperiosamente que no se pierda medio de llamar la atención hacia este punto.

Hay sin embargo una cosa relativa á él que la Junta Suprema ha creído deber mencionar particularmente. La Sanidad exige más que otra parte de la administración pública ser regida por autoridades especiales, por los conocimientos tan variados que exige, por la experiencia que se necesita para acomodar las medidas que se tomen á circunstancias pocas veces muy análogas y casi siempre críticas, por la certeza con que en muchos casos hay que dictar estas medidas y por los perjuicios inmensos que pueden con facilidad resultar de cualquiera determinación que se tome sin tener presente las lecciones de la experiencia.

Estas lecciones han hecho ver ya demasiado los resultados desastrosos no solo de haber puesto el desempeño de las atribuciones de Sanidad al cargo de autoridades que

tos medios estén al alcance individual, de eludir y hacer inútil la ley.

De todo esto queda probado, primero: que estamos sometidos á la voluntad de nuevos tiranelos que se nos han metido por las puertas, con el nombre de *funcionarios del Registro civil*, y que nos han de llevar de acá para allá, con el fin de evitarse ellos las incomodidades que les impone su cargo.

Segundo: que además de las molestias que hemos de sufrir, seremos en más de una ocasión víctimas de la mala fé de los interesados; pues no teniendo que retribuir nada al facultativo, poco les importará el molestarle.

Y tercero: que además de estos inconvenientes estamos sujetos á muchos disgustos y no pocas exposiciones, con las obligaciones que se nos imponen en la cuestión de nacimientos.

Pero no hay que asustarse todavía: nuestros modernos legisladores han llevado su liberalismo con la clase médica á tal extremo, que nos parece no han de estar envidiosos de nuestra suerte allá en Marruecos nuestros compañeros de profesión.

Dispone el artículo 47, que una de las personas que están obligadas á presentar al recién nacido en las oficinas del Registro civil, es el facultativo que haya asistido al parto.

No se puede tratar con más tiranía á una clase tan digna de consideración como es la nuestra, ni se puede imponer á nadie que descienda á papel tan ridículo como ese á el que se nos obliga por el tal artículo.

Serán muchos los casos en que no haya padre (porque la madre ya suponemos que era necesario que fuese *china* para que saliese de su lecho á efectuar la presentación de su hijo al registro antes de los tres días de haber parido), ni parientes, ni amigos que se presten á ese acto; y aquí tienen ustedes, que mi pobre facultativo no tiene más remedio que cargar con el *rorro* debajo de la capa (si la tiene), y sino ponerse un *manton* para abrigar á aquel ser débil de los rigores de la intemperie, y llevarle á que le inscriban

por su posición ó por la misma naturaleza de sus principales deberes no podían desempeñarlas cumplidamente, sino también de habérselas confiado sin más inspección, que la general del Gobierno Supremo.—La Junta, que por una larga experiencia conoce los males que produce la falta de inspección continua en el ramo á cuya cabeza se halla y se ha hallado, aunque á la verdad casi solo de un modo ostensible, y que está persuadida de la absoluta necesidad de autoridades especiales para dirigirle, sabe también los inconvenientes de estas cuando no son absolutamente precisas; y deseosa de impedir que se caiga en un extremo al querer evitar otro, al propio tiempo que ha dejado para los reglamentos todo lo relativo á aquellas autoridades, ha creído oportuno incluir en la ley orgánica el consejo de que se ponga cuanto sea posible al cargo de las gubernativas y locales la ejecución de todos los medios ordinarios de Sanidad relativos al servicio del interior.—De este modo se conseguirá en los casos ordinarios todo el beneficio que puede y debe resultar de aprovechar la experiencia y conocimientos de las autoridades especiales de Sanidad y de disminuir el número y necesidad de estas lo más que sea posible sin daño del servicio público.

No cree la Junta preciso expresar las razones de lo prescrito en el art. 8.º por demasiado obvias, y solo dirá algunas palabras acerca del 9.º.—El paso de un estado ordinario al que se ha llamado de régimen sanitario trae precisamente tras de sí resultados tan horribles que solo el Gobierno debería tener la facultad de señalar cuando había llegado la funesta necesidad de darle.—Tristes son las consecuencias de declarar á una ciudad, distrito ó provincia en estado de sitio ó de guerra; pero lo son mucho más las de declararlos en estado de epidemia, ó sujetos al régimen sanitario, y solo la necesidad más absoluta es capaz de justifi-

en el registro. Por el camino el angelito rompe en el solfeo propio de su edad; los muchachos del pueblo (que siempre se encuentran en todas partes), apercíbense de los tonos del que va á sea inscrito, rompen en gritería y algarazara contra el médico, le dicen que lleva un contrabando debajo de la capa, y otras lindezas por el estilo; la tormenta arrecia, todas las mujeres del pueblo se asoman á las ventanas, se enteran del caso, y le dicen: «Don fulano, no ha quedado V. para otra cosa?» El médico, ruborizado, contesta: cumplo con lo que me impone la ley de Registro civil; porque de no hacerlo, me expongo á la multa con que se castiga en el artículo 65 á los desobedientes que no observan la obligacion que establece el artículo 47, y además con que me formen causa, con sujecion á lo que previene el artículo 265 del Código penal.

Y nada diremos de las consecuencias á que se expone al facultativo que sea llamado en secreto (lo que es frecuente) para asistir á una parturienta, tanto si se empeña en hacer el papel ridículo de asegurar la inscripcion del recién nacido (cosa que no faltará quien la impida muchas veces aun á viva fuerza), como si queriendo evitar el riesgo que corre, deja la puerta abierta á la autoridad, que olfatea se ha faltado á la ley por el facultativo, ó por desgracia averigua haberse cometido uno de tantos crímenes como frecuentemente ocurren con esos seres desgraciados, que á los pocos momentos de ver la luz del día, y apenas el médico ha vuelto la espalda, hay manos infames que, queriendo ocultar una falta, se convierten en fieras para mancharse con el horrendo crimen de infanticidas.

¿Y no es altamente censurable el exponer á una benemérita clase, que tantos servicios presta, á consecuencias tan desagradables, por el afán y prurito que se ha desarrollado en nuestros legisladores de reglamentarlo todo, sin preveer y estudiar los inconvenientes que su reglamentarismo ha de traer en la práctica?

Que esto es innegable, y que se legisla muchas veces en nuestra España de un modo inconsciente, lo viene á probar así mismo el art. 53. ¿Qué legislador que tenga co-

car una medida de esta naturaleza.—Siendo el Gobierno el único que puede tener todos los datos necesarios para conocer cuándo ha llegado el caso de tomarla, sería muy conveniente que solo él lo hiciese, mas hay ocasiones en que la aparición repentina de un mal contagioso mortífero puede hacer preciso que las autoridades subalternas la declaren provisionalmente, por lo cual ha sido necesario expresarlo así en el proyecto de ley.

El artículo 10 de este proyecto consagra por la vez primera un principio que la necesidad ha hecho á menudo adoptar en la práctica, pero que no se ha tenido, ó por mejor decir no se ha querido, tener presente al dictar leyes sanitarias, quizá por la inmensa dificultad de reducirle á reglas en el estado actual de nuestros conocimientos.—Este principio es que las leyes sanitarias represivas han de acomodarse al carácter particular de cada uno de los males cuya importacion ó propagacion se intenta impedir.—Hasta ahora todas estas leyes eran poco más ó menos iguales para los diversos males objeto de ellas, sirviendo de tipo las precauciones que la experiencia habia hecho adoptar contra la introduccion ó propagacion de la peste de Oriente para oponerse á las de todos los demás contagiosos ó epidémicos, cuando eran muy mortíferos. Tiempo es ya de que cese esta anomalia que ha producido tantas veces los más horribles males, y aun cuando sea, como lo es, extraordinariamente difícil acomodar bien desde luego las medidas sanitarias al carácter de las diversas enfermedades que son objeto de ellas, por la falta de datos precisos para hacerlo exactamente, será el intentarlo uno de los mayores bienes que puede hacerse á la humanidad, y será tambien el único medio de que poseamos pronto aquellos datos, sin los cuales nunca podrán darse buenas leyes sanitarias, y que ya se habrian adquirido si los médicos no hubiesen tomado

nocimiento de lo que hace, hubiera establecido, que al presentar el cadáver de un recién nacido al encargado del registro, manifieste el facultativo en declaracion verbal si aquel ha fallecido antes ó despues de nacer? Pues qué, ¿no debia saber el que conecionó esa ley que es imposible declarar por solo la inspeccion externa del cadáver, si la muerte ocurrió antes ó despues del nacimiento? ¿Ignora que se necesita hacer la autopsia, y ejecutar ciertas operaciones, para contestar de un modo cierto, y que quizá alguna vez despues de todas estas tentativas sea imposible de purar la verdad?

Esto no revela más, que en esta desventurada Nación se hacen leyes con la misma facilidad que se fabrican los fideos, por más que se desconozca la materia sobre que se legisla, y que por eso se anda siempre remendando desaciertos; siguiéndose de aquí, que al poco tiempo son tantos los remiendos, que no se conoce el primer paño de que se hizo la capa.

Por de pronto, yo aconsejo á mis compañeros que quieren evitarse algun disgusto grave cuando tengan que cumplir con lo que dispone el art. 53, se nieguen á declarar, á menos de no hacer lo que aconseja la ciencia.

Prosigamos nuestra tarea: estamos en las defunciones. Aquí se colmó la medida.

Por el art. 75 se previene, que ningun cadáver podrá ser enterrado sin que hayan trascurrido veinticuatro horas, desde la consignada en la certificacion facultativa. Esta deberá ser expedida por el facultativo que haya asistido al difunto, conforme dispone el art. 77, y en su defecto por el titular del ayuntamiento respectivo.

En primer lugar se nos ocurre la duda, ¿y en aquellos pueblos donde no haya titular (que son muchos) ni otro facultativo, ¿quién hará el reconocimiento y expedirá certificacion? Será el enterrador; pero en verdad, no se necesitaba otra persona para que la diese, cuando ha de esperar se á que se presenten señales inequívocas de descomposicion cadavérica, para proceder á darle sepultura.

Esta manera de legislar (lo repetiremos cien veces) no

una senda errada en las investigaciones de esta especie, más por culpa de los Gobiernos que de ellos mismos.

No necesita explicacion alguna el artículo 11, que contiene las condiciones que deben tener para ser justas y exactas las medidas sanitarias que se toman para impedir la importacion de las enfermedades en el reino, ni la necesidad tampoco el 12, destinado á señalar las facultades que los Cuerpos legislativos han de dar al Gobierno para que arregle el servicio marítimo.

El 13 y 14 contienen las bases bajo las cuales debe reglamentarse el servicio de cuarentenas y expurgos, asunto demasiado descuidado hasta aquí, á pesar de ser uno de los más importantes; y el 15, 16, 17 y 18 encierran disposiciones cuya necesidad aparecerá á primera vista con solo su lectura.

El 19 y 20 contienen todo lo que en dictámen de la Junta es preciso incluir en una ley orgánica de Sanidad acerca de la parte económica de este ramo.—Nada es igual á la falta de orden que ha habido y hay en la recaudacion y administracion de los fondos cuantiosos que produce la Sanidad, por falta de una autoridad que, con conocimiento de la materia, haya inspeccionado esta parte del ramo y haya tomado rigurosamente cuentas de la inversion de ellos.—En este asunto es preciso hacerlo todo de nuevo, no le será difícil al Gobierno dictar este arreglo, tanto tiempo hace reclamado, con gran utilidad del Erario público y no menos del comercio, víctima ahora de la más completa arbitrariedad en este negocio.—El art. 20 comprende las bases de todo lo relativo á imposiciones de Sanidad, señalando las clases que hay de ellas y el modo como han de graduarse.—Relativamente á aquellas clases se han puesto solamente las mismas que ahora existen, y con respecto al modo se han marcado con cuidado las reglas que han de

prueba otra cosa sino la ligereza con que se tratan asuntos altamente delicados, y además un afán desmedido por traernos novedades, ya sean con buen ó mal criterio.

Lo primero que debía el Sr. Ministro de Gracia y Justicia que firmó esta ley, era haber exigido á su compañero de Gobernación que en todos los pueblos existiesen titulares para estos casos y otros que se necesitan; y entonces no sería preciso que se presentaran señales inequívocas de descomposicion para que certifique un facultativo de que puede procederse á dar sepultura á un cadáver, pues de esperar á que aparezcan aquellas en determinados casos y estaciones, tendrán que estar los cadáveres cinco ó seis dias insepultos, lo cual provocaría más de un conflicto, pues sabido es que la mayor parte de veces, antes que *huelan* los cadáveres *apestan* para las familias, y están *deseando quitarse el muerto de encima*.

También se obliga al facultativo en el citado artículo á que certifique la clase de enfermedad que causó la muerte. Nosotros presentamos el caso de un sujeto que ha muerto sin asistencia facultativa (y estos son muchísimos). ¿A quién se le puede ocurrir que el facultativo que haga el reconocimiento cadavérico, pueda conocer (salvo algun caso especial) la clase de enfermedad que ha ocasionado la muerte? ¿No debían saber esos confeccionadores de novedades, que aun muchas veces despues de hacer una autopsia nos quedamos sin conocer la enfermedad que motivó la muerte, porque no ha dejado tras sí rastros ni señales anatómo-patológicas que lo indiquen? Pues mal se comprende que por solo la inspeccion externa del cadáver, se pueda certificar la enfermedad que produjo aquella.

Aun hay más; por el mismo artículo se previene que, «á falta de los facultativos indicados, practicará el reconocimiento y expedirá la certificacion cualquier otro llamado al intento, á quien se abonarán por la familia ó los herederos del finado los honorarios que marque el reglamento.»

Todo esto es muy justo; pero nosotros preguntamos,

regir en el señalamiento de los derechos de Sanidad, á fin de que cese de una vez la desigualdad injusta con que se han fijado hasta aqui todos los derechos de este género. La Suprema Junta no ha creído preciso extenderse más en la esplanacion de las razones que ha tenido para presentar á V. E. la ley orgánica en la forma que lo hace, por estar persuadida de que con lo dicho arriba es más que suficiente para dar á conocer el espíritu que la ha guiado.

Hay sin embargo un punto relativo á Sanidad de que no se hace mencion en la ley orgánica, cual es la parte penal que la Junta ha tomado en la consideracion más detenida y acerca de la cual hubiera remitido segun la ha sido ordenado un proyecto de ley, á no haber tenido presentes las razones que vá á exponer lo más concisamente posible, es-perando que V. E. en vista de ellas se servirá aconsejar á S. M. la determinacion que sea más conveniente.—La parte penal de Sanidad es una de las mas importantes y delicadas de este ramo.—Siendo preciso por desgracia que las penas impuestas por toda especie de falta á lo prescrito en las leyes y reglamentos sanitarios sean por una parte más graves que las marcadas para los delitos comunes, y que se graduen por otra en diversos principios que las leyes penales, presenta esta parte tan grandes dificultades para ser arreglada debidamente que ha sido siempre el punto en que más se ha discordado en la formacion de códigos, leyes ó reglamentos sanitarios.—Añádase á esto que hasta el dia no se ha tenido cuidado de evitar dos escollos que han hecho unas veces á las penas sanitarias imposibles de ser aplicadas y otras enteramente insuficientes, ya porque no formando un cuerpo compacto las leyes ó reglamentos de Sanidad, y siendo más bien disposiciones aisladas entre sí, no guardaban las penas frecuentemente relacion con aquellas

¿qué razon hay para imponer á los titulares la obligacion de que presten estos servicios gratuitamente, cuando el reconocimiento se hace en individuos que no son pobres, ni tienen con ellos ningun contrato de iguala, ni le pagan por concepto alguno?

Comprendemos que tengan la obligacion de reconocer y expedir la certificacion de aquellos pobres que les tenga clasificados el ayuntamiento, y tambien de los que contribuyan á sostener el igualado ó dotacion que se le dé al titular; pero á los que no se encuentren en este caso, ¿por qué se les ha de prestrar un servicio tan penoso, y exponiéndose tal vez, al hacer el reconocimiento, al contagio de una enfermedad que le lleva al sepulcro?

Creíamos nosotros, que el sapientísimo autor de esta ley, al hacer el reglamento correspondiente á la misma hubiese repasado esta y otras faltas, que tan de bulto resaltan al más miope.

Pero no hay que impacientarse, porque titulares y no titulares hemos quedado todos en el mismo caso, pues lo que se dice en las últimas palabras del artículo que nos ocupa, ha sido una de tantas filfas como sufre nuestra clase. «Se abonarán los honorarios que marque el reglamento.» El flamante reglamento está en ejercicio; pero por más que hemos buscado y rebuscado el artículo donde se designaban esos honorarios, no le hemos encontrado: hallamos sí, el 77, donde señala los honorarios de los funcionarios del registro por los documentos que expidan; pero de los médicos ni una palabra dice. ¿Se podrá dar mayor ignominia, ni abusar más de una clase que tiene tanto derecho á que se la trate con consideracion y se retribuya sus continuos servicios de un modo digno y generoso?

¡Ya lo ves, clase médica! ¡Se nos trata como á hijos espúreos; no se puede aguantar ya tanto servilismo! ¡Levantémonos en masa contra tan increíble explotacion y tan dura tiranía! Tratemos de elevar nuestra dignidad al rango que merece, y no consintamos que se nos veje hasta ese extremo.

disposiciones, ó ya porque eran tan severas que en muy pocos casos se ejecutaban

La Junta Suprema, en cumplimiento al encargo que se la habia hecho, preparó una ley penal para presentarla á V. E.; pero reconoció al discutirla que no podia de modo alguno fundarse en la base principal en que ha de estar siempre fundada una ley de esta naturaleza.—Para señalar penas á las faltas ó delitos que se cometan contra las disposiciones contenidas en los reglamentos de Sanidad, es absolutamente preciso saber cuáles son estas disposiciones, y no solo están por hacer los reglamentos que han de contenerlas, sino que ni aun están todavía aprobadas las bases en que han de fundarse. Asi es que la Junta ha de anticipar antes de aprobarse estas bases los resultados de su aprobacion, lo cual podría hacerla caer no solo en el ridículo, sino lo que es aun mucho peor en errores trascendentales, ó si presenta una ley penal fundada en las disposiciones vigentes servirá solo para el tiempo que dure el régimen actual; tiempo que ha de ser demasiado corto segun todas las apariencias y segun lo que exige imperiosamente el bien público.

Aun más, es máxima incontestable que toda ley penal excepcional será pésima, y no podrá ejecutarse, si no está arreglada á los principios generales del Código penal ó de las otras leyes comunes que rijan, y esta máxima es aun más aplicable á las leyes penales sanitarias, que á las otras, por la naturaleza misma de este servicio.—Siendo esto así, y estando preparado ya para discutirse un proyecto de código penal, del cual no tiene la menor idea la Suprema Junta, mal podría ésta, aun cuando tuviera hecho el reglamento, proponer la ley penal sanitaria conforme á lo que no conoce: si la propusiera sería solo para dar una prueba patente de ligereza en el asunto más delicado de cuan-

No esperemos nada de parte del Gobierno: todos los gobiernos son con nosotros iguales.

Las Cortes que vienen serán para la clase lo mismo que las que pasaron. Ya tenemos el desengaño de lo que han hecho ministros médicos; de lo que han sido una docena de sujetos que fueron á las Constituyentes con títulos iguales á los nuestros; ni una voz en favor de sus compañeros, injusta é indignamente tratados, antes consentir por el contrario que nos perjudiquen en nuestros intereses profesionales, y que se abuse de una manera inaudita de los derechos que como ciudadanos nos corresponden.

¡Basta ya de paciencia, sacudamos el yugo que nos abruma! Esto no se consigue de otro modo que uniéndose, proclamándose la clase una é independiente: que haya entre nosotros más unidad de miras, que haya un comun acuerdo, que nos entendamos unos con otros, que no prosigan ese silencio que nos entibia, ni esas rivalidades que nos separan, que asociemos nuestros comunes intereses.

Respondamos todos á la voz de llamamiento á que continuamente nos invitan los periódicos de la profesion. No nos hagamos los sordos á la idea que se ha emitido por el ilustrado Sr. Cambas, de que haya una Asamblea médica para que trate de los intereses de la clase.

Ayudemos todos al infatigable y digno Sr. Cuesta, á su pensamiento, de formar una asociacion con el título de *Aurifodina Médica Española*, ú otro título cualquiera (poco importa el nombre), el fin es lo que interesa.

Por último, demos señales de vida, y no nos consuma hasta la degradacion, el marasmo que se ha apoderado de nosotros, humillándonos hasta consentir que sociedad y gobernantes nos traten con el mayor desprecio, utilizando nuestra profesion á su capricho, y convirtiéndonos en autómatas de sus exigencias.

Cuando vean que nos colocamos en la cúspide de la dignidad, el gobierno exigirá de nosotros con moderacion y tratará de que se nos retribuyan los delicados servicios,

tos están bajo su inspeccion; pues se trata nada menos que de disponer de la vida y suerte de los hombres en circunstancias críticas, durante las cuales el miedo suele hacer que se disponga de ambas cosas, sin mucho escrúpulo de hacerlo bien ó mal.

A todas estas razones, que la Junta ha pesado con el mayor detenimiento en la discusion de la ley penal que habia redactado, y que fundada en ellas, no cree oportuno ni consonante con sus deberes presentar á V. E., se agrega otra que la obligaria á hacerlo, aun cuando no existiesen las que lleva presentadas arriba.

Intereses de comercio unas veces, preocupaciones rancias en otras, miras de política en algunas y miedo de las consecuencias en todas, han producido un fenómeno que se observa fácilmente en todas las leyes sanitarias europeas, cual es que mientras se ha ido perfeccionando la legislacion en los otros ramos, la de Sanidad sigue siempre sin dar un paso hácia adelante, á pesar de que algunos gobiernos, como sucedió con el inglés en 1831, con el francés en 1832 y con el nuestro en 1834, saltaron en la práctica por encima de las que entonces regian en sus respectivos paises, declarándolas indirectamente opuestas al bien público.—No se necesitaba más para acabar con el poco crédito que gozaban ya estas leyes, y para que la opinion se hubiese declarado universalmente contra ellas, si el miedo no las hubiese sostenido y sostuviese.

Este estado es sin embargo tan precario como contrario á lo que exige el interés bien entendido de las naciones, y la Junta, que por fortuna puede mirar la Sanidad sin relacion particular á intereses de comercio, miras de política, preocupaciones ó miedo, ha propuesto en las bases que presenta los medios de arreglar el sistema sanitario de modo que puedan volver á adquirir las medidas de esta especie la opinion

que le prestamos de una manera decorosa, y la sociedad nos tratará con las consideraciones y respeto á que somos acreedores.

Si continuamos en este silencio, si seguimos desunidos, no nos quejemos á nadie, culpemos á nuestra apatía de todos los males que sufrimos y de los que nos puedan venir, haciéndonos altamente criminales porque no hemos sabido defender nuestros intereses profesionales.

Albuñol Febrero 12 de 1871.

FRANCISCO MELLADO.

EPIDEMIOLOGIA.

Historia de la fiebre amarilla, padecida últimamente en Alicante.

Como documento histórico, tomamos del *Progreso Médico* la siguiente narracion, redactada por los jefes de Sanidad de la Armada, Sres. Pantosdies y Iñigo.

Barcelona, la rica y más populosa capital del Principado de Cataluña, es presa de una de las más mortíferas epidemias: el vapor *Maria* procedente de la isla de Cuba, y llegado á su puerto en los primeros dias del mes de Agosto, abrigaba en su seno el germen pestilencial que más adelante debia batir sus mortíferas alas sobre esta poblacion tranquila, que adormecida en su industria soñara solamente en los adelantos de su comercio. El vapor *Maria*, cual nueva caja de Pandora, encerraba, al par que un rico cargamento, un enemigo invisible, dispuesto á sembrar el luto, el llanto y la desolacion en donde quiera que recibiera hospitalidad. El sutil veneno que en nuestras Antillas sacrifica innumerables seres, ambiciona aún más, y no satisfecha su deplorable codicia con inmolarse lo más florido de nuestros hermanos en lejanas tierras, traspasa los mares y siembra la semilla del dolor en suelo extraño, que por sus condiciones especiales ha de hacer fructificar aquel germen. En una palabra, la fiebre amarilla, esta enfermedad cuyo solo nombre hace temblar á los más esforzados, empieza á elegir víctimas en el buque que la conduce; fondeado éste en el puerto de Barcelona, apenas se abren sus paños y bodegas comienza á causar

que han perdido, reduciendo las que son represivas á los casos en que nadie pueda dudar, sino de su utilidad, al menos de su necesidad.

Para conseguir esto, es preciso cambiar hasta cierto punto el sistema sanitario actual, y dar un nuevo giro á muchas de sus disposiciones. ¿Y cómo podria la Junta redactar una ley penal de Sanidad, sin tener antes determinados los cambios que han de hacerse en las leyes vigentes y el giro que ha de tomarse, lo cual dependerá enteramente de la aprobacion ó desaprobacion de las bases que ahora presenta? Si estas fuesen aprobadas y se la encargase formar el reglamento general de Sanidad, entonces vendrá bien emprender la redaccion de la ley penal así que se haya convenido en los puntos generales de organizacion del servicio.—Y aun entonces, para hacerla más cercana á la perfeccion convendria, ó que algunos individuos de la Junta se reuniesen á la Comision que ha formado el proyecto de código penal, para convenir en los medios de hacer acordes el código con la ley sanitaria, ó que algunos de los individuos de esta Comision se reuniesen á la Junta con el propio objeto.—Este seria quizá el mejor modo de redactar un trabajo del cual ha de depender precisamente la vida y suerte de muchos de nuestros semejantes, y este es el único medio de evitar una responsabilidad terrible.

La Junta espera que V. E. se servirá tomar en consideracion estas razones que la obligan á exponer su celo por el bien público y el ansia que anima á todos sus individuos de cumplir lo mejor posible con el cargo que se les ha confiado.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 19 de Noviembre de 1838.

(Se continuará)

M. A.

extragos, y sucediéndose aquellas, la población se alarma y se consterna; otras y otras siguen á las ya sacrificadas, y entonces el espanto y el terror cunde por do quiera. El mal de Siam, en su insaciable sed devoradora, arrebató multitud de vidas, no siendo ya posible oponerse á la impetuosa desolación que por todas partes ocasiona.

La península ibérica dá el grito de alarma, y pone en práctica las precauciones convenientes para impedir la hospitalidad de tan cruel enemigo; se aplica la vigilancia, y los pueblos se disponen á evitar la invasión del mal que les amenaza.

Alicante, tan predispuesto por su topografía á ser fecunda cuna de epidemias, se aterra al solo nombre de aquella, y adopta disposiciones para eludir la reproducción del cuadro desastroso que más de una vez ha presenciado. Sin embargo no bastaron, y cuando todo era lisonjero, dos personas procedentes de Barcelona hacen predecir el cúmulo de males que muy luego debían extender la aflicción por toda la ciudad.

El día 10 de Setiembre llegaron á Alicante por la vía férrea dos viajeras que se trasladaban de aquel punto á Benidorm, llamadas la una Josefa Lanuza, de edad de 80 años y de estado viuda, y la otra Angela Barceló, de edad de 40 años é hija de la primera: ambas se hospedaron en la posada llamada de la Balseta, sita en la calle de Calatrava. No pudiendo proseguir su viaje por estar ya enfermas, se trasladaron á una casa del barrio nombrado el Arrabal Roig, situado al Este de la población.

El día 13 fué avisado el profesor D. Remigio Sebastia para prestar su asistencia facultativa á la madre, á la que encontró con síntomas que hacían pronosticar una muerte próxima, como acaeció, falleciendo en la madrugada del día 14. En la mañana de este mismo día fué de nuevo avisado para la misma casa el citado Sebastia á causa de hallarse gravemente enferma la hija Angela, quien en el día anterior nada le había dicho: examinada la paciente, observó en ella síntomas graves, iguales á los que había presentado su madre, pronosticando su cercana muerte, la que ocurrió en la tarde de aquel mismo día. Alarmado, y teniendo en consideración la epidemia del tífus icterodes que se padecía en Barcelona, consultó en la tarde del 14, todavía con vida la mencionada Angela, con el Subdelegado de medicina de aquella ciudad D. Ildefonso Berges, y ambos caracterizaron y diagnosticaron la enfermedad por tífus de América, corroborando el diagnóstico, en la mañana del día 15, por la inspección del cadáver, que presentaba entre otros signos, el color icterico que dá nombre al padecimiento; y tanto por este exámen, como asimismo informados de los antecedentes de las referidas viajeras ratificaron el diagnóstico, dando seguidamente parte á la autoridad, cuidando de no dar publicidad al suceso, con el objeto de evitar la alarma en la ciudad.

La Junta de Sanidad acordó se practicasen con la mayor urgencia las medidas higiénicas que se desprendían de semejante acontecimiento, y desde luego se aisló la casa en que habían fallecido las dos citadas enfermas, comprendiendo en la misma segregación á las personas que habían estado en contacto de estas, cuyo número ascendió á 23 inclusas las que daban dado sepultura á los cadáveres: dispuso además se quemasen las camas y utensilios que habían servido á las enfermas, juntamente con oportunas fumigaciones.

En los días siguientes ninguna de las personas albergadas en este improvisado lazareto, manifestó síntoma alguno de padecimiento y la tranquilidad renació en los contristados ánimos de los habitantes, que creían haber conjurado la tormenta.

Empero al poco tiempo, en la madrugada del día 18, se presenta á la observación del profesor D. Antonio Bernabeu, la joven llamada Ramona Ortiz, de 17 años de edad, de estado soltera, que vivía en una barraca de madera situada en la playa del Postiguet al Este de la ciudad. Si bien pasaba las noches en la mencionada barraca, permanecía durante el día en un establecimiento de baratillería que poseía su padre en la calle de San Fernando. En las investigaciones que el indicado Profesor hizo para formar el conmemorativo, fué informado que la paciente se encontraba enferma desde el Domingo 11, atribuyendo la causa de su enfermedad á la supresión del flujo catamenial, por haberse bañado en la mar. El estado actual de la enferma era grave, siendo más relucientes entre sus síntomas la frialdad, el color icterico en todo su cuerpo, y con

vómitos y deyecciones negruzcas: á las pocas horas falleció la citada joven.

No dudamos del verdadero diagnóstico, y dando parte á la autoridad, esta tomó las mismas prescripciones higiénicas adoptadas en el Arrabal de Roig, no observándose ni la más insignificante alteración en la salud de las personas que por espacio también de diez días estuvieron sometidas á la observación.

En el trascurso de aquellos llegaron sucesivamente por la vía férrea, procedente de Barcelona, gran número de personas con sus equipajes, las cuales se alojaron en la referida posada de la Balseta, y en la de la Union, sita en el paseo de Mendez Nuñez, para seguir después su itinerario á los pueblos inmediatos de la provincia. A la vez entraban diariamente por la misma vía multitud de fardos procedentes también de Barcelona.

¿Qué de extraño es que por esta no interrumpida introducción de personas y efectos de todas clases hubiese tenido acceso el germen miasmático en Alicante? Lo extraño hubiera sido el que esta ciudad hubiera quedado ilesa cuando tantos conductores del miasma tenían entrada, y los resultados observados hablan muy alto para poder afirmar que á la vez los hubo, cuando á la vez se presentan varios casos de la fiebre amarilla en las calles de Aparicio, Bailen, San Francisco y plaza de la Constitución, calles inmediatas á las de Calatrava y paseo de Mendez Nuñez.

Enferman gran número de personas de las mencionadas calles, no se propaga el mal, se detiene su marcha. ¡Vana esperanza! no se dejan pasar muchos días sin que nuevos casos de enfermedades evidencien la avidez del implacable enemigo, que hasta entonces había permanecido estacionario, cual si estuviese contemplando las víctimas que iba á inmolar; la enfermedad se propaga con espantosa rapidez, sembrando la muerte por todos los ámbitos de la ciudad, en la que, cual en todas partes, dá la preferencia á lo más fuerte y vigoroso de la juventud.

En dos puntos de la ciudad se ceba con más rigor la epidemia; el barrio de San Anton es el uno, y el otro las inmediaciones del muelle nuevo, ó sea paseo de los Mártires. En el primero presta pábulo á la malignidad de la dolencia, la estrechez y falta de limpieza de sus casas auxiliadas por la suma indigencia de sus moradores, y en el segundo las emanaciones que se desprendían naturalmente de las aguas del puerto.

Tan fatales condiciones, robustecidas por una temperatura tan elevada, hacen multiplicar los invadidos, y que las afecciones sean numerosas, no bastando á contrarrestar la merma del mal los diques que la higiene le opusiera.

Principiada la enfermedad en los primeros días de la segunda quincena del mes de Setiembre se contenta con pocas víctimas, cual cruel y aguerrido gladiador que contempla á su adversario antes de emprender la lucha; ya al final de Setiembre la peste ha cundido por todos los barrios de la población, y siguen en aumento las invasiones hasta el final de Octubre en que llega á su apogeo y se hace estacionaria. Desde esta época se nota que si no disminuyen las invasiones, no se aumentan, en cuyo estado subsiste hasta la finalización de la primera quincena de Noviembre en que se observa empieza á decrecer, y á disminuir su malignidad, pudiéndose fundar una leve esperanza de su próxima terminación en los últimos días del expresado mes, en que el número de enfermos fué limitándose, siendo la índole de la epidemia más benigna. El tiempo comprueba tan lisonjera esperanza, y ya á mediados de Diciembre cesa esta por completo; no hay enfermos del tífus icterodes, y la alegría y el placer sustituyen al llanto y al dolor, quedando solo el triste recuerdo.

Descrita la epidemia, pasemos al estudio de la misma. Si algunos clásicos Autores dudasen todavía de su origen miasmático, y de su cualidad altamente contagiosa, como también de su fácil transmisibilidad al través de los mares, aduciríamos como prueba evidente del contagio la aparición y progreso de la epidemia que describimos. La ciudad de Barcelona solo presentaba enfermedades estacionales; ni el pueblo ni las autoridades estaban recelosos del buen estado sanitario que se disfrutaba. En medio de esta tranquilidad llega con cargamento de pieles el vapor *María*, procedente de la isla de Cuba, habiendo experimentado sus tripulantes en la travesía los rigores de la enfermedad endémica de las Antillas. ¿Pudieran estos haber abrigado el germen miasmático que origina la enfermedad en aque-

lla zona, ó este era abrigado en las pieles que constituían su cargamento? Si *á priori* no sería fácil la resolución del problema, los hechos han justificado una verdad, cual es, que los géneros contumaces que conducía el buque fueron los depositarios de la muerte que más tarde debía costar raudales de lágrimas. En efecto, se abren las escotillas, y apenas los encargados de la Hacienda respiran el miasma encerrado, caen heridos de muerte, corriendo igual riesgo los que reemplazaron á los primeros invadidos, y sucesivamente los que estuvieron en contacto con el buque que á su vez repartían el germen que originara su padecimiento y con ellos la muerte. ¿Podrá negarse en consecuencia la trasportación del miasma que en todas partes ocasiona una misma enfermedad? ¿Podrá negarse la trasmisión del mal en consecuencia de hechos tan palpables? Estos y otros análogos que posee la ciencia son pruebas irrecusables que ponen fuera de toda duda la cualidad contagiosa de este germen, de esta cueva venenosa, que si se hace inapreciable á nuestros medios de investigación, no por eso los hechos dejan de darle asentimiento.

(Se continuará.)

PRENSA MÉDICA EXTRANJERA.

Sobre el diagnóstico topográfico de las lesiones del corazón;
por el Sr. PETER.

Empieza por consignar esta doble proposición, á saber: que toda lesión del corazón izquierdo influye primero sobre la hematosi, es decir sobre la oxidación de los glóbulos sanguíneos, y que toda lesión del corazón derecho influye primero sobre la hematopoi, es decir, sobre la fabricación de estos mismos glóbulos.

Pues bien, la cuestión está en saber si una lesión cualquiera del corazón influye más pronta é intensamente que otra sobre la hematosi, ó sobre la hematopoi.

A priori y para más precisión, parece que el corazón izquierdo, cuanto más lejos del pulmón está la lesión, más tarde influirá en la circulación funcional de estos órganos, y que, por ejemplo, la estrechez del orificio aórtico obrará más lentamente sobre la circulación de la arteria pulmonal que la estrechez del orificio mitral, puesto que habrá interpuestos entre la lesión del orificio aórtico y el sistema de la arteria pulmonal, el ventrículo izquierdo, más la aurícula, mientras que entre la lesión del orificio aórtico y el sistema de la arteria pulmonal no habrá más que la aurícula izquierda; de modo, que en el primer caso las potencias musculares que luchan contra la estrechez son mayores que en el segundo, y deben por consiguiente contrabalancear más tiempo el obstáculo al paso de la sangre al través del corazón y la dificultad consiguiente á la circulación de la hematosi.

Ahora bien, no se ha demostrado aun esto, y no podía serlo en atención á que las alteraciones funcionales no se refieren solo á la estrechez, sino que están en razón compuesta del diámetro de esta estrechez, de la energía muscular del corazón (es decir de la fuerza y de la integridad de sus músculos, como del estado de su inervación), de la validez del organismo (esto es, de la edad y vigor del sujeto) de las necesidades funcionales del órgano (á saber, de los hábitos del sujeto, que será holgazán ó trabajador, apasionado ó apático, etc.)

Por otra parte, que las alteraciones funcionales sean definitivamente las mismas, exista la lesión en uno ú otro corazón, no es de demostración difícil.

Se trata de hacer ver que una lesión del corazón izquierdo influirá desde luego sobre la circulación de la hematosi ó pequeña circulación; despues sobre el derecho, despues sobre la circulación de hematopoi ó gran circulación, y que así hay solidaridad general en el sistema de los dos corazones y de ambas circulaciones.

Supongamos una estrechez del orificio aórtico: resulta que el ventrículo izquierdo se desocupa más difícilmente, y que se produce un estasis cuya consecuencia directa y definitiva es una dilatación. Pero como toda estrechez, según lo enseña la patología general, se complica con espasmos, que son en la especie palpitations, una consecuencia directa y necesaria es la hipertrofia del ventrículo por estas palpitations. Así, primer resultado: alteración del ventrículo por dilatación é hipertrofia.

Pero al mismo tiempo se produce una prolongación de este ventrículo; de aquí se sigue una tensión mayor ó menor de las cuerdas tendinosas de la válvula mitral, tensión que concluye por oponerse á la oclusión perfecta de las válvulas; sigue, á la larga, insuficiencia mitral: reflujo y estasis de la sangre en la aurícula izquierda, y sucesivamente en las venas pulmonales, en los capilares de la hematosi, y en fin, en la arteria pulmonal.

Supongamos una insuficiencia mitral: hay reflujo de la sangre á la aurícula izquierda, estasis en esta aurícula que se dilata y se hipertrofia; estasis en las venas pulmonales, en los capilares de la hematosi, y en fines en la arteria pulmonal. Es decir, que el resultado es el mismo aunque la lesión primitiva sea diferente. Por otra parte hay tendencia á las congestiones pulmonales. Es bien evidente que esta tendencia será mayor en la insuficiencia mitral, complicada con estrechez igualmente mitral, porque no solo la aurícula derecha se desocupa entonces más difícilmente, en razón de la estrechez mitral, sino porque se llena retrogresivamente á cada contracción del ventrículo por causa de la insuficiencia.

Volviendo á los fenómenos de contra golpe, la dificultad en la circulación de los capilares del pulmón, produce la de la circulación de la arteria pulmonal; que se desocupa difícilmente en estos capilares, y por lo tanto un estorbo en la circulación del ventrículo derecho, que se desocupa con dificultad en la arteria pulmonal. Resulta finalmente, un estasis sanguíneo en el ventrículo derecho, y la dilatación consecutiva de este. Del mismo modo, el estasis sanguíneo en el ventrículo derecho produce el estasis en la aurícula derecha y la dilatación de esta.

Por otra parte, la dilatación del ventrículo, aumentando progresivamente, podrá ser tal que produzca la insuficiencia de la válvula tricúspide, como hemos visto en la dilatación del ventrículo izquierdo producir la de la válvula mitral. Y esta insuficiencia, ocasionando un reflujo de sangre á la aurícula derecha, aumentaría más la dilatación de esta.

Pero el estasis en la aurícula derecha se opone necesariamente á la depleción de las venas cava-superior é inferior, y produce poco á poco la dificultad en la circulación venosa de la gran circulación; del mismo modo el reflujo de la sangre del ventrículo derecho en la aurícula por insuficiencia tricúspide, produce el pulso venoso, indicio de una dificultad considerable en la circulación del corazón derecho. Así se engendra un verdadero aneurisma pasivo del corazón, opuesto al otro primitivamente afectado.

Por consiguiente, cualquiera que sea la lesión primitiva, influye sobre el corazón congener y en la especie, del izquierdo al derecho.

Por lo tanto, la gravedad de una afección del corazón izquierdo empieza cuando se dificulta la circulación del pulmón; pues que esta dificultad prueba, no solo el estasis en la aurícula izquierda, sino que es el fenómeno inicial, por el cual va á sobrevenir la lesión consecutiva del corazón derecho.

Y esta dificultad incipiente de la circulación del pulmón, constituye la segunda fase de las afecciones del corazón que he llamado *fase de los fenómenos químicos* por la alteración que se produce en la hematosi.

Así, la única consecuencia práctica que resultará de la noción del asiento de la lesión, á saber el conocimiento de la época más ó menos tardía de la aparición de las alteraciones funcionales consecutivas, no se deduce de esta noción.

Acción del alcohol en la excreción urinaria; por el Dr. RABUTEAU.

El grupo de medicamentos diuréticos no comprende hasta ahora más que un corto número de sustancias que merezcan verdaderamente esta denominación. Esto es tan cierto, que muchas veces no se ha considerado como diurético más que el agua que sirve de vehículo á los agentes que tienen esta propiedad. Yo mismo he intentado adoptar esta opinión, sobre todo despues que los experimentos que he hecho con el té y el café me han convencido que tales sustancias no eran diuréticas. Se ha confundido con un efecto diurético verdadero la necesidad más inmediata y más frecuente de orinar despues de la ingestión del café, necesidad provocada por la acción de la cafeína.

sobre las fibras musculares de la vejiga. Pero después, otras observaciones hechas en varios agentes, han modificado mis ideas. Tengo la convicción, que ciertas sustancias pueden activar considerablemente la escrescion urinaria, independientemente del agua que las sirva de vehículo, y entre estas sustancias citaré el alcohol. Los experimentos que he hecho, me inclinan á considerar al alcohol como el mejor diurético. Lo que me choca es que no se haya indicado aun esta propiedad.

Hé aquí el método que he adoptado para aislar la influencia del agua,

Se toma algunos días, por la mañana en ayunas y después de desocupada la vejiga, cierta cantidad de agua, y se recoge la orina escretada desde este momento hasta una hora determinada. Se toma, en otros días y en las mismas circunstancias la sustancia, diurética bajo un volumen igual al del agua que se había ingerido, y se recogen las orinas escretadas durante el mismo tiempo. Es evidente, que la diferencia de cantidad de orina eliminada, indicará el efecto diurético producido por la sustancia que se experimenta.

Los experimentos que he hecho sobre los efectos diuréticos del alcohol son numerosos, y referiré aquellos en que se ha recogido la orina cada hora, porque demuestran bien la acción brusca del alcohol sobre la función de los riñones.

FECHAS.	LÍQUIDO INGERIDO Á LAS 8 DE LA MAÑANA, Á LA DÓSIS DE 100 CENT. CÚBICOS.		ORINA EXCRETADA DE 8 Á 11 DE LA MAÑANA.	
El 14 de Mayo.	Agua.....	97 cent. cúbicos.		
El 15 de idem...	Coñac, de 8 á 9—470 c. cúb.	} 820 — —		
	de 9 á 10—260			
	de 10 á 11—90			
El 16 de idem...	Agua.....	110 — —		
El 17 de idem...	Coñac, de 8 á 9—420 c. cúb.	} 697 — —		
	de 9 á 10—203			
	de 10 á 11—72			
El 18 de idem...	Agua.....	102 — —		
El 19 de idem...	Coñac, de 8 á 9—313 c. cúb.	} 520 — —		
	de 9 á 10—170			
	de 10 á 11—33			
El 20 de idem...	Agua.....	98 — —		
El 21 de idem...	Coñac, de 8 á 9—383 c. cúb.	} 610 — —		
	de 9 á 10—223			
El 22 de idem...	Agua.....	112 — —		
El 23 de idem...	Coñac.....	560 — —		

Estas cifras, y muchas otras que podría añadir, demuestran que bajo la influencia de 100 centímetros cúbicos de aguardiente á 36 grados, la cantidad de orina escretada ha sido cinco ó seis veces mayor que la acción de 100 centímetros cúbicos de agua.

Estas cantidades varían según la dosis de alcohol ingerido.

Así, después de haber tomado una vez á las ocho de la mañana 50 centímetros cúbicos del llamado *fine champagne*, he orinado desde las ocho á las once, 290 centímetros cúbicos de líquido; otra vez he expelido 300 cent. cúb. Resulta de aquí, que la acción diurética del alcohol parece proporcionada á la dosis absorbida.

Fijando la atención en las cifras contenidas en el cuadro relativo á la acción del alcohol en la nutrición, se ve que la orina ha aumentado una tercera parte, y que este aumento no es igual todos los días. Este hecho depende de haber tomado el alcohol, ya inmediatamente, ó ya muchas horas después del alimento. Ahora bien, la orina no se ha aumentado en el primer caso, y sí mucho en el segundo. Esto se explica bien. Tomado inmediatamente después de la comida, el alcohol se diluye mucho antes de su absorción; no hace más que lo que corresponde al vino; tomado á gran distancia del alimento, es absorbido inmediatamente sin diluirse antes, y por su rápida eliminación activa considerablemente la escrescion urinaria.

El vino es también diurético: tomando 200 centímetros cúbicos de agua, elimino 120 cent. cúb. de orina, al paso que tomando 200 cent. cúb. de vino escrete 200 cent. cúb.

Todo el mundo sabe que el vino blanco es diurético, y se ha atribuido esta propiedad á los tartratos que contiene en más cantidad que el tinto, tartratos que se trasforman en carbonatos en la economía y se eliminan bajo esta forma.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

SECRETARIA GENERAL.

Anuncios de pension.

Don Benigno Villafranca y Alfaro, profesor de medicina residente en esta corte, solicita ingresar en el Monte-pio facultativo.

Madrid 22 de Febrero de 1871.—El secretario general, Estéban Sanchez de Ocaña. (2)

Doña Gregoria Diaz Prieto, viuda del socio D. Alejandro Fernandez, solicita la pension de viudedad.

Madrid 28 de Febrero de 1871.—El secretario general, Estéban Sanchez de Ocaña. (1)

Doña Tecla Teresa Fábregas, viuda del socio D. Francisco Ferrer y Ballester, solicita la pension de viudedad.

Madrid 1.º de Marzo de 1871.—El secretario general, Estéban Sanchez de Ocaña. (1)

Anuncios de admision.

Don Juan Manuel Saez de la Cueva, profesor de medicina y cirugía, residente en la villa de Pradoluengo, provincia de Burgos, desea ingresar en el Monte-pio facultativo.

Lo que se publica para conocimiento de la sociedad y á fin de que si algun interesado tiene que manifestar alguna circunstancia que convenga tener presente, lo manifieste reservadamente y por escrito á esta secretaría general, calle de Sevilla, núm. 14 cuarto principal.

Madrid 1.º de Marzo de 1871.—El secretario general, Estéban Sanchez de Ocaña. (1)

VARIEDADES.

DOS PALABRAS TOCANTE A ELECCIONES.

Llegará este número á manos de los lectores cuando está próxima á trabarse la lucha electoral para diputados á Cortes y para los compromisarios que han de elegir los senadores, y en algunos puntos se leerá esto en lo más recio de la pelea política.

Ya de antemano, trasladando unas discretas palabras de otro periódico y adhiriéndonos á ellas, hemos dicho realmente cuanto al caso hacia.

En particular, como ciudadanos interesados en la paz, orden y buen gobierno del país, lo procedente es que nuestros compañeros, en el silencio de la votación, favorezcan los candidatos que mejor reúnan las condiciones expresadas en el mencionado párrafo (núm. 893, *Crónica*); pero colectivamente, como clase, ni han debido, ni han podido intentar cosa alguna, ni habia por otra parte la menor necesidad de ello. Por eso no hemos hecho con oportunidad ninguna indicación sobre el asunto.

Concebiase bien, en más serenos tiempos y en ocasión que tan solo gozaban de derecho electoral los contribuyentes por determinada cuota mínima y las capacidades, que uniéndose estrechamente las clases facultativas de un distrito ó provincia, y trabajando de consuno y activamente, pudieran alcanzar en una elección ciertas ventajas, concertándose con otras clases sociales, con tal ó cual partido político, etc.; mas en el día nos han parecido enteramente ilusorios y vanos tales propósitos. Las clases médicas forman una gota de agua que desaparece en el *mare magnum*, mejor dicho, en el *pantano* del sufragio universal.

Como clases no pueden influir cosa alguna en el resultado de las elecciones.

Ni hay la propia necesidad ahora de esforzarse para que vengán al Congreso, y aun al Senado, médicos y

farmacéuticos en buen número. Muchos individuos de estas clases tienen dadas notorias pruebas de adhesión y entusiasmo por la situación imperante, y tampoco son en número escaso los que figuran en las huestes republicanas, como en las Cortes Constituyentes, poco hace disueltas, se acreditó.

Pues si entonces tuvimos el gusto de ver sentados en los escaños de los legisladores á un par de docenas de médicos y de farmacéuticos, sin que se agitara la clase para conseguirlo ni hiciera el menor esfuerzo, solo por purísima obra y gracia de las banderías prepotentes y los esfuerzos individuales, de esperar es que resulten en esta ocasión otros tantos elegidos, no menos entusiastas, activos y llenos de celo que aquellos de enantes.

Tal sistema—ya que la necesidad de representación que otras veces se sentía resulta ahora ámpliamente satisfecha—ofrece una ventaja de no escaso precio en tiempos tan turbados como los que sin parar nunca corren, quizás porque lo hacen en rueda: la de no exponerse á peligrosos compromisos y estériles aventuras la generalidad pacífica y honrada. ¿Ganarian otro tanto como lo que se exponen á perder, arrojándose indiscretos en medio del cráter del volcan político?

Enemistades, persecuciones, cambios de residencia, mal pago en las asignaciones aquellos que dependen de los pueblos, venganzas de mil géneros... ¡Ved ahí lo menos que pudiera sucederles! Otras veces, dada la suave influencia (no nos atrevemos á decir *moral*) que los bandos contendientes emplean, pudiera ser todavía mayor el perjuicio.

Y en cambio—á no ser de todo punto impotentes sus esfuerzos en el sistema electoral del día—¿qué es lo que razonablemente podrían aguardar, obrando como clase y con algun ardor en medio de la fatigosa marcha de los sucesos y de las tendencias presentes al *personalismo* más egoísta? —¿Se cuidarían nuestros *caros* representantes—¿que á precio subido podrían salir!—de los intereses de clase, ni aun en aquello que la razón y la justicia dictan á los más apartados y extraños?

Júzguese por lo pasado... Entre tantos diputados médicos, no hubo uno que reclamara, por ejemplo, contra las *arbitrarias, injustas* y aun *tiránicas* disposiciones de la ley de Registro civil, en que se imponen á los facultativos deberes verdaderamente incompatibles con el espíritu y la letra de la flamante Constitución del Estado, incestuosamente atropellada por sus mismos progenitores no bien sacada á luz, si es que no hubo violación intrauterina...

¡Si serán liberales los que obligan á los médicos—ciudadanos libres como todos, y en libertad por tanto de ejercer su profesión como gusten—al penosísimo y desagradable servicio de reconocer dos ó tres veces cada difunto, hasta que le vean verde, y en la más completa putrefacción, sufriendo quizás insultos é injurias de parte de la familia, que con frecuencia les atribuirá error en la cura,— y de dar además *gratuitamente* una certificación en que se abrazan puntos que nada tienen que ver con la asistencia prestada al hombre enfermo, ni con el fallecimiento de éste!

Parécenos, por todo lo expuesto, que ni puede, ni debe la clase médica, como tal clase, mezclarse en las elecciones cercanas. El médico y el farmacéutico, harán como ciudadanos aquello que les parezca conveniente; y aun en el ejercicio de ese derecho, más ó menos estimable y estimado, según las opiniones de cada cual, les convendrá mucho, en nuestro concepto, obrar con cautela y reser-

va... ¡Si de todas suertes, por el camino que se recorre, hemos de ir de mal á peor!

PAVOROSO RESULTADO ESTADÍSTICO.

Excelentes muestras de sí misma comienza á dar la reciente institución del Registro civil en España, si ha de juzgarse por el resultado obtenido en Madrid el mes de Enero próximo pasado, según hemos visto en los periódicos políticos, que lo han dejado pasar como la cosa más insignificante del mundo.

Durante ese mes se registraron en los juzgados municipales 763 nacimientos, 64 matrimonios y 1.451 defunciones.

Dejando lo de los matrimonios á un lado, por razones que todos conocen, no es posible mirar con indiferencia la desproporción entre los nacimientos y las defunciones; tan asombrosa que, á tomar lo del flamante registro por lo serio, habría que estarse llorando noche y día la próxima y completa desaparición de la población española.

¡Dobles defunciones que nacimientos! ¿Quién ha visto, ni dónde, cosa semejante? Un poco de compasión, señores registradores, y no sean tan ingratos con el pueblo que les paga y les nutre... ¿Puede ocultarse á sus buenos conocimientos estadísticos, que á ese paso serán arrastrados muy pronto por el torbellino de la muerte, dejando sin aplicación la magnífica ley del Registro civil, que salió vestida y calzada de la cabeza del Sr. Montero y Ríos como Minerva cuentan que brotó de la de Júpiter?

¡Váyalos V. á nuestros registradores con las leyes casi invariables que los entendidos en la materia deducen de los datos estadísticos! ¿Qué ley deduciremos de esa horrorosa desproporción entre la mortandad de Madrid y los nacimientos; como no sea que la villa de tantos osos y tantos madroños quedará en breve despoblada, y la España entera, si como debe presumirse anda la muerte tan lista por todas partes?

Con formalidad, señores legisladores y soberanos de esta nación sin ventura: ó errar ó quitar el banco; ó aciertan Vds. á disponer las cosas de tal manera que el Registro civil sirva para algo más que para hacer público el vergonzoso desconcierto que ese conato de estadística revela, ó den con él en tierra de una vez confesando su impericia. ¡No sean ustedes tan vanos que nos maten á todos sin piedad en unos cuantos años por sostener obra tan destaralada!

Después de todo, nos tranquiliza alguna cosa la reflexión de que, por muy buena maña para destruir leyes viejas y probadas que se den nuestros gobernantes, no alcanzarán, ni su sabiduría ni su poder, á echar por tierra las leyes de la naturaleza. Los nacimientos, los casamientos y las defunciones guardarán en adelante las proporciones que hasta aquí, y más bien habrá aumento en la población que merma, aun en Madrid mismo, con permiso ó sin él de los juzgados municipales.

De seguro el ministro de Gracia y Justicia,—que se curará mucho menos de las vicisitudes que sus jueces municipales hagan sufrir á la población que de otros asuntos,—no habrá parado mientes en las primicias de esta institución exótica... Bueno será, no obstante que las fije por un momento, que bien lo merece, siquiera para impedir que tan desatinados datos estadísticos se publiquen y corran por el mundo mientras suministra la fábrica mejores productos. En otro caso es de presumir que los extranjeros dados á la estadística se apode-

ren de ellos, y supongan que España se despuebla á todo correr; y los gobiernos por su parte quizás la pongan en cuarentena, como si hubieran reaparecido el fuego de San Ánton ó la peste negra de 1348.

UNA LEY VARIADA DE REAL ÓRDEN.

Se ha publicado en la *Gaceta* una real orden circular del ministerio de Gracia y Justicia, fecha 1.º del corriente mes, aclarando varias dudas que han surgido acerca de la inteligencia de algunas prescripciones sobre el registro civil; aclaraciones que constituyen alguna vez verdaderas modificaciones de la ley, aunque hechas, sin escrúpulo ni reparo, por una simple real orden.

Vamos á trasladar las más esenciales para conocimiento del lector, dejando por ahora á su buen juicio la crítica de que son merecedoras estas mismas enmiendas, con todo de modificar algun tanto la ley rectificando algunos errores. Pueden compararse á esos jaboncillos y aguas que venden para quitar las manchas: suelen quitar alguna, reemplazándola por otra, pero muy á menudo lo que hacen es añadir una nueva á la que habia.

3.º Cuando el nacimiento tuviere lugar en un sitio distante más de dos kilómetros de la poblacion donde esté situado el registro, se considerará la distancia como caso de fuerza mayor (1) y se entenderá prorogado el plazo señalado en el art. 45 de la ley de Registro civil á tenor de lo dispuesto en el segundo párrafo del 31 del reglamento por el término necesario, sin que este pueda exceder, por razon de la expresada distancia, de ocho dias.

4.º No se exigirá la permanencia del niño en el local del registro por mas tiempo que el necesario para su reconocimiento (2).

5.º Para que el juez municipal se considere obligado á trasladarse al punto donde el niño se halle, segun lo dispuesto en el artículo 33 del reglamento, podrá exigir que la certification á que el mismo se refiere sea expedida por el facultativo titular, por el forense ó por otro que el mismo designe, en falta de uno y otro (3).

7.º Cuando el encargado del registro tuviere conocimiento de haberse dado sepultura á un cadáver sin la correspondiente licencia, procederá á cumplir lo que dispone el párrafo tercero, art. 75 de la ley de Registro, sin perjuicio de verificar la inscripcion, á cuyo objeto llamará á declarar á las personas que segun la ley deben dar el parte del fallecimiento, cuidando de expresar en el acta; además de las circunstancias generales, la especial de haberse dado con anterioridad sepultura al cadáver, y la fecha y cementerio en que esto hubiere tenido lugar.

8.º Solo se expresará en las certifications facultativas de defuncion, á que se refiere el artículo 63 del reglamento, la clase de enfermedad ó el accidente que haya producido la muerte, cuando conste á los que las espidan esta circunstancia por observacion propia, por informes verídicos ó por el reconocimiento exterior del cadáver.

Para expedir dichas certifications no se esperará á que exista la descomposicion cadavérica, ó sea la putrefaccion, bastando, conforme á lo dispuesto en el art. 77 de la ley que haya señales que segun la ciencia denoten de un modo inequívoco que necesariamente ha de sobrevenir dicha descomposicion (4).

(1) Ingenioso ardid! Todo por guardar á la ley el más profundo respeto. Aquí nos ocurría un cuentecillo que no puede publicarse por su color algun tanto verde.

(2) Puede haber juez municipal que tenga seis ú ocho horas por tiempo necesario, y puede ser necesario realmente en ocasiones emplear ese mismo tiempo.

(3) ¡Podrá exigir! Y cómo, y por qué, ha de exigir que el titular, si no se ha comprometido á ese servicio, el forense, y menos aun otro que el mismo designe, expidan tal certification si no les dá gana, en uso de su libérrima voluntad? ¿Y cómo se pena al facultativo que no quiera prestar forzosamente y de balde esos servicios?

(4) La verdad, esto lejos de ser conforme es enteramente opuesto. ¡Qué modo tan irrespetuoso de tratar á las leyes! Lo de las señales que segun la ciencia denoten de un modo inequívoco que necesariamente ha de sobrevenir dicha descompo-

9.º Cuando ni en el pueblo donde ocurra la defuncion ni en los demás comprendidos en el término municipal hubiere facultativo, la certification á que se refiere el art. 77 de la ley se suplirá con la declaracion de dos vecinos mayores de edad, uno de los cuales podrá ser el mismo á quien corresponda dar el parte del fallecimiento.

10.º Los facultativos que á falta del que hubiese asistido al finado y del titular fueren llamados á reconocer algun cadáver, deberán atenerse para la percepcion de honorarios, cuando los herederos no estuvieren declarados pobres, el arancel vigente para los médicos forenses (1).

LA LEALTAD DE LOS MÉDICOS

Do quiera que á un príncipe ha ocurrido una de esas desgracias que en este siglo se han hecho tan comunes, siempre que han perdido el trono y se han visto expatriados, perseguidos, faltos quizás de lo necesario para conservar aquella dignidad que mantener deben en el infortunio, ha habido un médico de su confianza que les siga con lealtad, y sacrifique su suerte, sus afecciones más caras, hasta el amor á la patria, al cumplimiento fiel de aquellos deberes.

¡Qué honra para la clase!

¿Quién acompañó á Napoleon I, en Santa Elena, hasta que murió aquel gigante del siglo? Su médico.

¿Quién auxilió y acompañó al último emperador de los franceses en sus empresas anteriores á 1848, ha seguido luego, y sigue fiel á su lado, en la prosperidad como en la desgracia? Su médico tambien.

¡La vida del médico es siempre una vida de abnegacion, de sufrimiento, de lealtad, de prudencia, de reserva, de sacrificios!

Nos han sido sugeridas estas reflexiones por el siguiente párrafo de la seccion de noticias de la *Correspondencia médica*.

sicion, da á conocer como anda la ciencia por las regiones oficiales. ¿Por qué no toman consejo los señores que gobiernan de personas peritas, ya que ellos carezcan de las nociones más vulgares? Pues si el difunto está muerto, ¿no ha de venir por fuerza la descomposicion? Y si algun cuerpo muerto nose descompusiese, si se convirtiera en fósil, ¿dejaria de estar muerto por eso? ¡Pobre ley! Habia que sacrificarla, y para consuelo suyo se ha sacrificado juntamente con ella al sentido comun.

(1) ¡Ola!... Se ha reconocido que si la certification ha de expedirse *gratis* conforme previene la ley, el reconocimiento que por necesidad habra de precederla devenga honorarios, cuando no se trata del facultativo que haya asistido al finado ni del titular, y por otra parte los herederos no estuvieren declarados pobres... Así se principia.—Pero advierta el sapientísimo ministro de Gracia y Justicia que hay aquí varios errores, desaciertos, sinrazones ó injusticias. 1.º El facultativo que asiste á un enfermo libremente, señala el sus honorarios segun los servicios que presta, por visitas, consultas, operaciones, curas etc... ¿Quién puede impedirle comprender en su cuenta, si quiere presentarla, lo que estime que valen el reconocimiento del cadáver y la certification? 2.º El titular, si esta contratado solamente para la asistencia de los pobres, se halla respecto á los que no lo son en el propio caso que el anterior, y no hay ministro, nacido ni por nacer, aun cuando fuera *calomardino*, que pueda impedirlo. 3.º ¿Quién es tampoco el ministro, ni qué derecho tiene, ni aun las cortes mismas, para *tasar* (la tasa en estos tiempos!) el servicio, sea cual fuere, que un médico presta? ¿Es razonable, tiene sombra de justo que, por apartar de la flamante ley del registro civil—desdichada parodia de la francesa—la odiosidad que habia de producir con sus trabas, molestias, vejaciones y gastos, se pretenda atropellar, brutal y tiránicamente, los derechos de los médicos? 4.º Pero lo más original de este mundo consiste en dispensar del pago de los honorarios que el arancel vigiere para los médicos forenses señala, no cuando el difunto estuviere declarado pobre, sino cuando lo esté el heredero (!!!) Supongamos que el Sr. Manzanedo tuviera un sobrino verdaderamente pobre, y que al morir le instituyera su heredero, encontrandose desde el punto y hora del fallecimiento de aquel convertido en uno de los más ricos propietarios y capitalistas de España... ¡Este pobrecito heredero, no deberia pagar sus honorarios al médico que reconociera el cadáver de su tío!...

¡Así se legisla en este desdichado pais, y de esa suerte se subsanan, traspasando las atribuciones propias de un ministro, los errores con que salen las leyes!



«El Excmo. Sr. D. Tomás Corral y Oña, médico primero de cámara de la reina Isabel, que con la cátedra ó la jubilación á que tenía derecho, podría haber permanecido en España y haber acrecentado su fortuna con su gran reputación científica y su escogida clientela, sigue fiel al lado de la que le concedió su confianza en días de prosperidad, corriendo su suerte lejos de la patria y del seno de sus parientes y amigos. Lo mismo hizo el Excelentísimo Sr. D. Pedro María Rubio, médico particular de la reina Cristina, á quien acompañó en el extranjero hasta que murió... casi en la oscuridad, si de ella no le sacaran sus obras científicas, sus delicados sentimientos y el recuerdo que dedicó á la ciencia y á sus compañeros españoles pobres, dejando en su testamento una cuantiosa suma para impulsar los adelantos y para pensionar á las viudas de los profesores más pobres y honrados.»

Es ciertísimo lo que nuestro apreciable colega dice: el Sr. Corral está observando la conducta más honrosa, con aplauso y loa hasta de los mismos que han creado á la Señora que tan largos años fué reina de España la situación en que se vé. Alguna vez le oímos decir, en momentos muy críticos, con una resignación que solamente inspira al hombre que es honrado el más profundo sentimiento de su deber: «por mi parte, y en lo que á mí toca, nada tengo ni aun siquiera que pensar...»

El Sr. Rubio, otra joya de la medicina española, pasó la mayor parte de la vida alejado de la patria, siquiera tuviese, en medio de su desgracia, la buena suerte de venir á morir á ella, rodeado de sus mejores amigos.

Y no es esto solo: nuestro estimado condiscípulo y amigo el Dr. Cardona y Almagro, con la Sra. viuda del difunto D. Carlos María Isidro de Borbon se encuentra desde que salió de España al celebrarse el convenio de Vergara, siempre leal á aquella ilustre familia, sin haber visto el sol de España en treinta y un años. Y merece igual mención nuestro amigo también y condiscípulo, el Sr. Redondo; que no abandonó nunca á la familia del Sr. Infante D. Sebastian Gabriel, aunque tuvo que emigrar al extranjero.

LAS INDICACIONES BAROMÉTRICAS.

El barómetro y el termómetro son los únicos instrumentos meteorológicos de uso común; pero es lo cierto, que si bien nadie ignora el uso del último, pocos saben apreciar bien las indicaciones del primero. No se crea, sin embargo, que sea siempre muy fácil obtener la temperatura real exacta; pero el termómetro dá sin dificultad una temperatura aproximada, que basta en la mayoría de los casos. El barómetro por el contrario, no puede indicar directamente lo que el vulgo busca en él; solo por el raciocinio se deducen el bueno y el mal tiempo de la altura mercurial. De aquí una multitud de interpretaciones erróneas que desacreditan el instrumento. Así es, que creemos que no dejará de parecer interesante la indicación de algunos datos sobre las causas de las variaciones del barómetro, y sobre las consecuencias que de ellas pueden deducirse como pronósticos del tiempo.

La mayor parte de los barómetros llevan escritas las palabras *lluvia*, *variable*, *buen tiempo*, al lado de las divisiones á que corresponde ordinariamente el mercurio; de donde se infiere, por lo común, que cada altura mercurial tiene una significación meteorológica constante, lo cual es absolutamente falso. Se pone la palabra *variable* enfrente de la división 760 mil; pero esta coincidencia solo puede comprobarse al nivel del mar.

Pocos barómetros tienen esta palabra enfrente de la presión media correspondiente al lugar respectivo; por manera, que suele ser el tiempo absolutamente contrario

á las indicaciones barométricas, cuya diferencia depende á menudo de la falsa posición que se ha dado á los términos meteorológicos á lo largo de la columna mercurial. Lo mejor sería, que las personas que quieran leer el tiempo en el barómetro, se procuraran instrumentos limpios de toda indicación meteorológica, y provistos solamente de una señal que indicara la presión correspondiente á 760 mil., en el sitio donde se hiciera el experimento.

No dá el barómetro á conocer el tiempo, aunque puedan sus indicaciones servir para preverle: solo revela la presión atmosférica. La temperatura, la fuerza del viento y la humedad, ejercen sí una influencia sensible en la presión; pero á menudo no se producen estas causas perturbadoras en el lugar donde se observa, aunque hagan variar la columna mercurial. Los meteoros que se manifiestan en sitios cercanos; las corrientes que conmueven las regiones superiores de la atmósfera, obran sobre el barómetro sin que por eso influyan las más veces en el estado meteorológico del lugar donde se encuentra el instrumento influido. Sin embargo, conviene decir que en este caso las variaciones de presión son bastante ligeras. En general un cambio grande y repentino indica una variación en el tiempo, cuya naturaleza se determina por el sentido del movimiento del mercurio. En la mayoría de los casos, el barómetro alto corresponde al buen tiempo, y el bajo al malo; mas no debe darse demasiada confianza á esta interpretación, porque no dejan de ser frecuentes las excepciones.

En tiempos normales, cuando siguen su marcha regular las corrientes atmosféricas, solo ofrece el barómetro variaciones insensibles. Mas no sucede lo mismo cuando se rompe el equilibrio del océano gaseoso que nos rodea por la llegada de borrascas ó torbellinos que vienen de las regiones ecuatoriales del Atlántico y atraviesan la Europa con más ó menos rapidez. El barómetro indica fácilmente cuando se acercan: siempre que se eleva ó desciende mucho, hay perturbación atmosférica; pero no son iguales en uno y otro caso las consecuencias de la perturbación. Cuando el barómetro está muy alto, se halla aquel paraje fuera de la influencia del torbellino, aunque á veces no diste mucho de su centro; y al contrario, cuando está bajo, indica que se está dentro del torbellino, por más que á veces no se experimenten los meteoros que produce. No es igualmente peligrosa toda la extensión del torbellino, y el que se halla algo apartado de su centro puede sufrir pocas sacudidas. El barómetro no indica directamente la posición del centro del torbellino: sin embargo, puede decirse de una manera general, que se encuentra este tanto más cerca, cuanto más considerable es el descenso.

La profundidad de la perturbación atmosférica guarda proporción con el movimiento de la columna mercurial, sea de ascenso, sea de descenso. Es, pues, muy importante, sobre todo para la agricultura, seguir con regularidad las indicaciones de este instrumento, á fin de tomar las convenientes precauciones cuando amaguen borrascas importantes. Las tormentas desastrosas, las trombas, las tempestades de viento, van siempre precedidas de un descenso barométrico muy notable, y casi siempre se verifica este descenso con bastante anticipación para que puedan evitarse los perniciosos efectos del mal tiempo. La elevación del barómetro rara vez corresponde á la lluvia; pero puede coincidir con fuertes brisas si pasa el torbellino cerca del lugar donde se hace la observación. La columna barométrica puede hallarse baja en tiempo sereno y bonancible; pero si tarda en elevarse, no persiste la calma, y la reemplazan rápidamente meteoros más ó menos acuosos.

Hé aquí las principales relaciones que han podido establecerse por medio de la observación entre la marcha de los torbellinos y las indicaciones del barómetro. Cuando se forma una borrasca en el atlántico, sube el barómetro; pero si la tormenta debe extenderse al sitio donde se observa, no es la subida de larga duración. En cuanto llega el torbellino al horizonte empieza el descenso, y continúa hasta que se aleja el meteoro. Este descenso es corto en los puntos distantes del centro de la borrasca, y por el contrario, es grande en los próximos: el minimum de presión se verifica en el centro mismo. Cuando empieza á alejarse el meteoro sube el barómetro, y continúa la subida sin interrupción hasta por encima del término medio. Si se detiene en su ascensión el mercurio, se debe concluir que sigue al primero un segundo torbellino, y desde el momento que se inicia la suspensión, continúan los fenómenos de la manera indicada.

Esta sencilla relación permite comprobar, por la sola inspección del barómetro la marcha de un torbellino, y determinar el momento en que se aleja, el cual coincide con la elevación de la columna. Cuando tiene el torbellino poca velocidad, son lentos los movimientos barométricos, y por el contrario, cuando es muy grande la velocidad del huracán se verifican repentinamente las variaciones de presión. Esta circunstancia permite, en la mayoría de los casos, formarse una idea de la importancia de la borrasca antes que llegue al horizonte. La observación ha demostrado, que una baja repentina significaba una próxima alza y un mal tiempo de corta duración. No sucede así con el orden inverso: una alza repentina puede ser duradera. Hay seguridad de que seguirá mal tiempo cuando es muy considerable la baja.

Entre los elementos más importantes del barómetro, merecen notarse las tendencias de modificación de la columna. El barómetro de mercurio es el que permite apreciar bien estas indicaciones. Hay tendencia al alza cuando la superficie del mercurio está muy convexa; y tendencia á la baja cuando la misma superficie se halla próximamente horizontal. Dadas las relaciones que quedan enumeradas entre el tiempo y las variaciones del barómetro, no es difícil comprender la utilidad del examen de la forma de la superficie del mercurio. Cuando hay tendencia al alza, cualquiera que sea el tiempo que haga, significa que el torbellino se aleja; y si esta tendencia es duradera, no hay duda en que volverá el buen tiempo. Si no lo es, indica que no tardará en aproximarse un segundo torbellino. Cuando hay tendencia á la baja, es que adelanta el centro del torbellino; y mientras no pase este centro de la región donde se observa, se acentuará dicha tendencia. Importa sobre todo el estudio de las tendencias á la alza ó á la baja cuando se está en el borde del torbellino, porque entonces son muy cortas y á veces inapreciables las variaciones de presión.

Vemos, por lo que precede, que es posible interpretar exactamente las variaciones barométricas. Sin embargo, hay que proceder con mucha reserva en estas interpretaciones, porque los torbellinos cuya aproximación se indica por los movimientos de la columna mercurial, pueden hallarse tan influidos por las circunstancias locales, relieve del suelo, cultivos, ríos, etc., que se modifique completamente su carácter. Para dar su legítimo valor á estas modificaciones locales, es preciso observar con cuidado la diferencia que exista entre las indicaciones del barómetro y el tiempo que debe corresponderlas. En resumen, hay que prescindir de las variaciones pequeñas del barómetro, porque hasta el día no se ha podido interpre-

tarlas bien; pero las grandes pueden considerarse como signo positivo del paso de borrascas. Aun no se pueden deducir de aquí datos precisos acerca del meteoro, ni de la distancia á que nos hallamos de su centro; pero no por eso es menos interesante comprobar la proximidad de los torbellinos para evitar sus efectos. Solo por largas observaciones se podrá perfeccionar la teoría y deducir de ella relaciones más íntimas que las que acabamos de indicar; pero entretanto importa no perder el beneficio de las nociones adquiridas, sirviéndose de las indicaciones del barómetro para atenuar en lo posible las consecuencias del mal tiempo.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—Desde que principió Marzo estuvo el temporal revuelto, anubarrado y lluvioso, con vientos más ó menos fuertes del S-E., del E. y del E-S-E., con descenso en la columna barométrica, y ascendiendo hasta 17° la termométrica.

Las pocas enfermedades que hay pueden referirse á los aparatos locomotor, neumo-gástrico y genito-urinario; así es que siguen los reumas musculares y artríticos, las neurroses, las irritaciones del estómago y de los intestinos, las calenturas catarrales, observándose ya algunas gástricas y varios flujos sanguíneos.

Las enfermedades crónicas siguen su curso inalterable y han ocasionado alguna mortandad.

Estragos de las viruelas.—Siguen las viruelas haciendo estragos en Bruselas y otros puntos de Bélgica, y convienen los periódicos en que ofrecen una intensidad excepcional. En la segunda semana de Enero ocasionaron en aquella capital la muerte á 23 personas, y en la siguiente subió á 50 el número de las defunciones. El alcalde (bourgmestre) ha excitado al vecindario para que se apresure á vacunar los niños, designando los puntos donde se hace la vacunación.

Premios.—La real Sociedad de Ciencias médicas y naturales de Bruselas ha publicado su programa de premios para el año de 1870 á 1871. Hé aquí las cuestiones sobre que han de versar las memorias que se presenten para los cuatro que se habrán de conceder.—1.ª *Papel biológico de las sales calcáreas bajo el triple punto de vista fisiológico, patológico y terapéutico.* Premio, medalla de oro de valor de 200 francos y título de socio correspondiente.—2.ª y 3.ª *Sobre cualquier asunto del dominio de la medicina, ó sobre un asunto de cirugía ó tocología.*—Premio, medalla de oro de 100 á 300 francos, y título de socio correspondiente.—4.ª *Determinar qué influencia ejerce el cólera sobre la preñez, y recíprocamente.*

Punto digno de examen.—Sábese que durante el pasado año de 1870 han ocurrido en París 23 000 defunciones próximamente más que estos años anteriores, según dimos á conocer en el anterior número, é importa mucho averiguar el por qué de resultado tan funesto, dando la parte que á cada causa de mortalidad, la corresponda. ¿Qué aumento ó qué merma ha tenido la población? Y luego, ¿qué víctimas han hecho las viruelas, la fiebre tifoidea, la guerra etc.? ¿qué parte, en fin, corresponde á la escasez de alimentos, etc., etc.? Suponemos que todos estos puntos habrán de esclarecerse.

Necrología.—Tendrán ya noticia nuestros lectores del fallecimiento de un notable hombre político á quien es la clase médica deudora de la más profunda gratitud. El Excmo. Sr. D. Luis José Sartorius, conde de San Luis, ha fallecido pocos días hace en Sevilla, víctima de una larga y penosa enfermedad.—La clase no ha podido olvidar lo que debe al ministro que el año de 1854 aceptó gustoso é hizo publicar, en forma de real decreto, el memorable arreglo de partidos médicos. Otras importantes reformas sanitarias estaban dispuestas, que hubieran dado á las profesiones médicas la importancia, el decoro y las ventajas materiales á que son muy acreedoras por su carrera, por su ilustración y por sus generosos sacrificios en pró de la humanidad; que no era el conde de San Luis de esos hombres de estrecha comprensión que desconocen la importancia de los servicios sanitarios, ni de esos espíritus

mezquinos que rebajan á las clases médicas por rivalidad profesional, ni de los envidiosos que escatiman al mérito consideraciones y premio

Aun recordamos que al ofrecerle, en 1856, la pluma de oro con que significó nuestra clase la alta estima en que tenía sus simpatías, benevolencia y favores, cuando acababa de regresar de la emigración, dijo con profundo agradecimiento, aunque también con profundísima amargura, poco más ó menos las siguientes palabras: «Tenía en 1854 muchos dones como este, con que había sido obsequiado por clases y por individuos que reconocieron en mis actos el deseo del bien y el anhelo de premiar el mérito; pero todos han desaparecido, quedándome solo esta honrosa dádiva que merezco á la agradecida clase médica, muy digna de mejor suerte. Considérese cuánta será la estimación en que la tendré.» Con satisfacción y entusiasmo oímos estas y otras palabras los individuos de la Comisión, entre los cuales se contaba el malogrado Calvo Asensio.

Mereció bien este distinguido hombre de Estado de la clase médica, y nada es tan justo como tributarle el humilde testimonio de agradecimiento y de dolor que le tributamos.

Segun hemos visto en un notable artículo publicado en el *Tiempo*, los distinguidos profesores que en su última enfermedad le han prestado asistencia, Sres. D. Joaquín Pallacios, D. Francisco Gómez, D. Luis Góngora y D. José Valenzuela de Córdoba, han sido muy fieles intérpretes á los sentimientos de gratitud y cariño de la clase. Les felicitamos por ello.

—También ha fallecido el día 2 del corriente por la noche, víctima de una congestión cerebral, á la edad de 49 años, nuestro querido amigo D. Antonio Berzosa, médico-director de Alange. Las obras literarias y científicas, y los varios escritos que ha publicado, demuestran sus grandes conocimientos y su amor al estudio. Séale la tierra leve.

¿Por qué no?—Hablando un periódico político, que pasa por grave y prudente, de la facilidad, verdaderamente asombrosa, con que se distribuyen ahora las grandes cruces, *sin tasa ni medida*, se expresa en los siguientes términos, en que resplandece, ó una extremada injusticia ó un cabal desconocimiento del asunto. «Se les dá (una gran cruz) á los *boticarios*, se les dá á los zurupatos, se les dá á los que no han prestado servicio alguno...»—No nos aventajará, de seguro, nuestro estimable colega, en la censura que merece esa escandalosa y desatinada profusión de premios con que el favor derrama las más preciadas distinciones, tal y tan grande que es ya vergonzoso hallarse condecorado con alguna; pero debemos advertirle que entre los distinguidos farmacéuticos que han sido honrados con grandes cruces en estos tiempos últimos los hay de singular mérito, que tienen prestados eminentes servicios, y que han debido alcanzar muchos años antes esa recompensa. ¿Habrá muchas grandes cruces mejor empleadas que las concedidas á los Sres. Lallana, Rioz y Camps? El primero distinguido catedrático muchos años hace, hombre de grande ilustración, muy versado en letras humanas, y Consejero de Sanidad desde que se creó este cuerpo en 1847 hasta que en Diciembre de 1868 se disolvió. El segundo, un sábio catedrático de química orgánica y ahora de análisis química (en un país donde yacen tales ciencias en el mayor abatimiento!), académico de la de ciencias naturales, y consejero también de Sanidad durante veintitres años... El tercero catedrático asimismo muy distinguido, y decano de la Facultad de farmacia. Todos académicos de la de Medicina y redactores de la nueva Farmacopea—¿Son estos los *boticarios* á que se alude?... Pues la concesión de tales condecoraciones, será una de las pocas cosas acertadas y dignas que en los últimos tiempos se han hecho. ¡Ojalá hubieran recaído en personas que tanto lo merezcan otras muchas distribuidas como á granel, sin más criterio que el del más ridículo favoritismo entre algunos individuos de la clase médica!

Un aplauso á la economía.—Al dar cuenta un periódico médico de la organización facultativa que se ha dado á la real casa, añade el comentario que sigue:

«Es notable la economía que se ha alcanzado con la anterior plantilla (véase la *crónica* del número último): solo los médicos de cámara de la ex-reina Isabel disfrutaban 50.000 cada uno (lo cual no es cierto) y 30.000 el farmacéutico mayor, además de otros facultativos.»

Dicho esto por un diario político ministerial, puede pasar perfectamente; pero sienta muy mal en las columnas de uno médico. ¡Economías! ¡Economías!.. ¿Son escasas

las economías que se hacen á espensas de los médicos. Más podía economizarse declarando que ese servicio fuese *obligatorio y gratuito*. ¡Economías! Pues en verdad, que son escasas las que en España se están haciendo, merced á las cuales pasa de 1.000 millones el déficit del presupuesto, y se ha aumentado la deuda solo en dos años, más de otro tanto que la acumulada en un siglo... ¡Economías! Sí: ¡para los médicos!

Suceso misterioso.—No hemos llegado á saber qué es lo que ha ocurrido con algun médico militar que parece haberse negado á ser de la real cámara. Segun se infiere de cierta declaración de uno de ellos, hecha en un periódico, no es cierto que hubiera sido nombrado ni ha tenido por tanto que declinar aquel honor; pero en un periódico de Bilbao (*El Noticiero*) se ha dicho á este propósito, lo que sigue:

«La cuestión de los médicos militares que se han negado á serlo de la cámara real, tratan de explicarla cierto individuos que se dicen enterados de la ocurrencia, asegurando que la negativa consiste en que los notables profesores á quienes se les brindaba, han sabido que la jefatura de la facultad se reservaba para el doctor italiano Bruno, y no creían digno de los médicos españoles que un extranjero estuviese sobre todos.»

Si esta versión tuviere fundamento, podrá acontecer muy bien con el doctor Bruno lo que aconteció con el famoso Cervi: cuando vino á España le mostraron los médicos grandísimo desvío, y despues se deshacían en elogios y mendigaban sus favores... Pero es la verdad que Cervi no era indigno de ellos.

Escrito lo que precede, se nos asegura que ningun médico militar ha sido invitado, ni ha podido haber por tanto honrosas declinaciones...

Real Academia de Medicina de Madrid.—Habiéndose cometido una errata importante al imprimir el tema del premio 1.º «Alvarez Alcalá» para el concurso de 1872, ha acordado la Sección de Farmacia rectificar el referido tema, redactándole de la manera siguiente:

Fijar experimentalmente el mejor procedimiento para la obtención de la Digitalina, y la especie del género Digitalis que contiene mayor proporción de dicho agente terapéutico.

Lo que se anuncia para conocimiento de los que quieran optar á este premio.

Madrid 28 de Febrero de 1871.—El secretario, Matías Nieto Serrano.

ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.

Los que pretendan la plaza de médico-cirujano de Hortaleza, provincia de Madrid, pueden informarse, si gustan, del que la ha desempeñado por algunos años; dirigirse á la calle de los Seguros, núm. 5, segundo.

VACANTES.

Por dimisión del que lo desempeñaba se halla vacante el partido de médico-cirujano de la villa de Puente la Reina, provincia de Navarra, dotado con 3.000 pesetas anuales, libres de toda contribución, pagaderas por trimestres vencidos, y bajo las condiciones que han regido para los predecesores, y estarán de manifiesto en la Secretaría del Ayuntamiento. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes á la misma Secretaría para el día 20 de Marzo próximo. Puente la Reina 27 de Febrero de 1871.—El Alcalde Presidente, Miguel Arregui. (427)

—El Ayuntamiento Constitucional de esta ciudad de Viana provincia de Navarra, hace saber: Que hallándose vacante la plaza de medicina por defunción de D. Fructuoso Navarro que la desempeñaba, este Ayuntamiento ha dispuesto anunciar la vacante por término de quince días, cuya dotación consiste en catorce mil reales vellón anuales pagados de los fondos municipales por trimestres vencidos. Los aspirantes presentarán sus solicitudes documentadas en esta Secretaría, en el tiempo que queda referido. Viana 27 de Febrero de 1871.—El Presidente, Ezequiel Greño. (P. P.)

ANUNCIOS.

MANUAL DE OBSTETRICIA.

para el uso de las matronas

por el Dr. D. Francisco Alonso y Rubio.

Obra premiada por el Gobierno.

Un tomo en 8.º prolongado con láminas 20 reales.

CLINICA DE OBSTETRICIA.

Colección de hechos de distocia, observados y descritos por el Dr. D. FRANCISCO ALONSO Y RUBIO, que pueden servir de guía al practico en el ejercicio de tan difícil arte.

Un tomo en 8.º prolongado 12 rs.

Se vende en las librerías de Bailly-Balliere, y Moya. (428)

MADRID 1871.

Imprenta de la Viuda de Orga, plazuela del Biombo, 4.